

GRADO: ADMINISTRACIÓN Y DIRECCIÓN DE EMPRESAS

Curso 2021/2022

LOS FACTORES DETERMINANTES DEL DESARROLLO ECONÓMICO POSTMAOÍSTA EN CHINA.

Autor: Jaime María Ibáñez de Mendoza.

Director: Joaquín Arriola Palomares.

Bilbao, a 9 de enero de 2022.



Licencia CC "**Reconocimiento -NoComercial -SinObraDerivada**"

Permite reproducir, distribuir, comunicar públicamente pero no hacer obras derivadas (traducciones, etc.)

Índice

1. Introducción	3
2. Antecedentes, la era previa a las reformas aperturistas: los cimientos del desarrollo.	6
2.1. La cuestión agraria o el desafío alimentario de China.	9
2.2 El dinamismo de la economía maoísta.	18
3. La China de hoy, claves de su crecimiento.	21
3.1. La nueva planificación central.	22
3.2 Las reformas de las empresas públicas y su régimen laboral en el sistema chino.	26
3.3 El factor de las exportaciones y el giro hacia el mercado interno chino.	34
4. Conclusiones.	41
5. Bibliografía.	44

1. Introducción

En todas las épocas una o varias naciones se ven convertidas en potencias hegemónicas a nivel planetario, y no en pocas ocasiones estos despegues imprevistos y fulgurantes causan recelo y extrañeza a partes iguales. Las generaciones que asisten al despertar de una nueva hegemonía de tales características tratan siempre de explicarse cómo y por qué se produjo tal crecimiento económico, cultural o social. A menudo las causas y factores pueden encontrarse a simple vista, en la superficie, sin necesidad de excavar, tan solo mirando al país ahora hegemónico que antes parecía encontrarse relegado a ojos de la historia económica. Otras veces, esas causas son más complejas y profundas y hunden sus raíces en procesos históricos largos.

El presente trabajo quiere dar respuesta a la mencionada pregunta para el caso concreto de la República Popular China, que lejos ya de ser una potencia emergente, puede considerarse plenamente consolidada en este papel hegemónico. Han sido ríos de tinta los que han corrido pretendiendo explicar el fulgurante ascenso de la economía china, que comenzando de forma paulatina a finales de los años 70, se ha consolidado en la primera y segunda década del siglo XXI hasta convertirse en “la fábrica del mundo”. Cabe primero mencionar la extrañeza que supone para el mundo occidental (teniendo por tal tanto Europa, como Norteamérica, y partes de Oceanía) que el trono de la superpotencia primera en el mundo pueda ser ocupado por un país totalmente ajeno a esta cultura, y en algunos aspectos incomprensible para la misma. Durante los últimos siglos, desde la edad moderna, las principales naciones siempre se han situado en Europa, primero España y Portugal, para serlo luego Francia e Inglaterra. Después de la Segunda Guerra Mundial esta posición la tomarían los Estados Unidos de América cuya victoria en la Guerra Fría consolidaría su soledad en la cumbre de los países más poderosos del globo. El centro de poder mundial, en estos últimos siglos, siempre pivotaba en torno a países de cultura occidental, greco-romana si se quiere. Ahora, parece recaer en la inmensa China, en el seno de un estado-civilización de milenaria cultura que en ocasiones parece todo un enigma para el observador occidental.

Los hitos fundamentales de los antecedentes históricos de la República Popular China previa a las reformas se describirán en el siguiente apartado, baste simplemente para esta introducción hacer referencia a las posiciones que generalmente se sostienen pretendiendo dar explicaciones (en ocasiones excesivamente simplistas) al desarrollo y despegue chino dado a partir de la muerte de Mao Zedong en 1976 y el nombramiento de Deng Xiaoping tras el XI Congreso del Partido Comunista Chino y después del tercer pleno del Comité Central.

Una de estas explicaciones, que se ha constituido en un verdadero “lugar común” en numerosos grupos de opinión, hace ver el despegue económico chino como un resultado poco menos que totalmente lógico y natural tras la renuncia china al socialismo, y a su fortísima intervención en la economía. Vendría a argumentarse que China por fin se ha colocado en el camino correcto de la historia y la economía, y habría expiado sus pecados y equivocaciones intervencionistas y planificadoras. Según esta explicación, el premio natural de esta introducción de mecanismos de mercado es el consiguiente y fulgurante ascenso económico. El ejemplo chino vendría a ser la punta de lanza, ahora, del sistema capitalista y de libertad de mercado, pues habría puesto ante los ojos del mundo las posibilidades del mismo, partiendo de un país anteriormente plenamente intervencionista. China habría evitado correr la misma suerte que la otra gran utopía socialista, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Se habría “salvado” de acabar en la “papelera de la historia” aplicando reformas capitalistas, que, siempre según los defensores de esta tesis, pudieran ser mucho más profundas y darían lugar a tasas y niveles de crecimiento aún mayores. Esta explicación es la relativa al “dejar de hacer”, “dejar de intervenir”, soltar el lastre de una economía y sociedad maltrecha por actos como el del Gran Salto adelante para permitir que comience a funcionar cuanto antes a velocidad de crucero. Según esta teoría tan solo se trataba desterrar para siempre el ideario de Mao Zedong, para dejar que simplemente la economía pudiese recorrer su camino. De suerte que los factores del crecimiento económico chino solo pueden explicarse por las reformas realizadas que redujeron el intervencionismo económico, sin que ningún tipo de condición material previa a estas reformas pudiera, en ningún caso, contener ya las “semillas” o cimientos de este futuro crecimiento desatado ya finalmente por las reformas de finales de los años 70.

La postura diametralmente opuesta optaría por ver en el ejemplo chino la “salvación” del socialismo. El “socialismo realmente existente” recibió un fortísimo golpe con la caída de la Unión Soviética y el conjunto del bloque del este. La URSS se había convertido en luz y faro, camino a seguir para pensadores, intelectuales y seguidores del marxismo y la economía socialista en todo el orbe, su caída dejó un enorme vacío ciertamente difícil de rellenar. El socialismo parecía hacerse incompatible con el desarrollo económico y con la pervivencia de una nación a largo plazos. Sin embargo, China vendría a demostrar lo contrario, vendría a ocupar el papel central del “socialismo realmente existente” en el mundo. Aunque los seguidores de esta tesis en ningún caso pretenden ni pueden negar las reformas realizadas en China, ponen total énfasis en los todavía elementos, tanto ideológicos como económicos puramente marxistas que continúan existiendo en el país asiático. Pueden ponerse como ejemplo la iconografía de cualquier acto del Partido Comunista de China, e incluso la todavía pervivencia del partido único en todos los ámbitos del poder. Otros aspectos económicos (los más relevantes a efectos de este trabajo) netamente socialistas que se dan todavía

serían la propiedad pública de prácticamente todo el suelo chino y la evidente redistribución de la riqueza que este hecho conlleva, además de la intervención estatal en las principales empresas estratégicas del país. Son estos elementos y otros tantos analizados en este trabajo los que, según esta tesis, vendrían a configurar el “socialismo con características chinas”, que no por recibir esta misma denominación vendría a ser menos socialista. Todo ello unido al evidente hecho de que China pugna cada día por el liderato de la economía mundial con Estados Unidos, el gran defensor del liberalismo económico. Esto convierte a China (siempre siguiendo los postulados de esta segunda tesis) en el redentor del sistema socialista. Desde este modo de entender el crecimiento chino, las reformas realizadas son complementarias al continuo dirigismo llevado a cabo por el Partido Comunista Chino que vendría a revivificar y demostrar que la aplicación real del socialismo para un modelo de éxito es posible.

Por todo ello, es evidente que el despegue Chino genera opiniones enfrentadas, pero que pudieran parecer algo simplistas. ¿Verdaderamente puede explicarse el inusitado crecimiento de forma tan tajante y unívoca? ¿Existe tal necesidad de categorizar a todo sistema de una forma concreta, no puede resultar de una combinación de varios? Estas preguntas conllevarían a realizar un análisis algo más profundo del misterio Chino, análisis del que tratará el presente trabajo.

El objetivo principal de este trabajo es el de rechazar explicaciones simplistas para el fenómeno del desarrollo chino; estudiar tan solo 50 años de economía reciente y sus reformas no parece la forma más adecuada de abordar la historia económica de una nación complejísima. Trataran de buscarse factores determinantes para el desarrollo chino que hundan sus raíces en décadas previas a las reformas que ya han pasado a ser un lugar común a efectos de entenderlas como los únicos agentes del despegue económico de China.

La apertura de miras y el huir de posturas que pretendan una sencillez inexistente parecen elementos fundamentales para desarrollar un boceto correcto del sistema de desarrollo chino y de los factores determinantes que lo impulsaron.

2. Antecedentes, la era previa a las reformas aperturistas: los cimientos del desarrollo.

Es importante comenzar con el epígrafe relativo a los antecedentes y al contexto de la economía e historia china con algunos conceptos que pongan en situación el país del que será objeto este trabajo. Así pues, cuando se habla de China, resultaría más correcto referirse a ella como un estado-civilización (y no como un estado nación al igual que los países europeos, por ejemplo). Es decir, es necesario aceptar su inmensidad económica, demográfica y geográfica: se trata de un país-continente de alrededor de 1.415 millones de habitantes (un quinto de la totalidad de la población mundial), cuya extensión total es de 9.326 millones de kilómetros cuadrados (supone 15 veces la superficie de Francia). Testigo de esta formidable extensión territorial es la diversidad de espacios geográficos que pueden encontrarse en la nación asiática: las cuencas y planicies del este acogen a la mayor parte de la población y las tierras agrícolas, aquellas que rodean al impresionante río Azul. Al sur el clima se vuelve húmedo y subtropical, aunque montañoso. Incluye en su geografía las principales cumbres del planeta y el macizo montañoso más alto, el Himalaya. Esta diversa geografía da lugar a ventajas económicas en forma de todo tipo de recursos naturales, China es rica en energía hidráulica, todo tipo de elementos necesarios para la producción industrial, como tantalio, titanio, tierras raras, zinc, vanadio y litio, además de las más variadas reservas minerales, como fluorina, talco, yeso, y grafito, muy apreciadas en procesos productivos de la industria pesada.

Sin embargo, los recursos agrarios son realmente pobres cuando estos se sitúan en el contexto de población y la extensión total del país. La zona arable, aquella con posibilidades razonables de proveer de alimentación proveniente de la agricultura tanto a población como a ganadería no llega a alcanzar el 15% del total, este hecho viene propiciado por un 20% de extensión que ocupan los inmensos bosques del país y otras zonas desérticas o semi-desérticas del mismo. La falta de tierra arable y la subsiguiente dificultad en la producción agrícola y rural serán elementos ciertamente determinantes en el análisis de este trabajo y se analizarán posteriormente de manera más pormenorizada. La propiedad de la tierra capaz de generar rendimientos agrícolas y su distribución es uno de los temas (y problemas) basales de la China maoísta, y huelga decir que para consolidar una nación industrial como la China de hoy, es necesario generar excedentes agrícolas suficientes para alimentar a la población que se traslada a los nuevos centros industriales y urbanos del país. Por todo ello, el análisis de las políticas económicas en cuanto a la producción rural china se presenta fundamental para entender los orígenes del crecimiento económico.

En cuanto a los principales hitos de esta etapa previa al espíritu reformista, la revolución que llevó al poder al Partido Comunista Chino se produjo en 1945, acabando en 1949. Un partido que se

había formado en 1921 por un grupo de intelectuales de clase alta, y que estuvo durante años al borde de la desaparición, sobre todo entre los años de 1934 y 1935 durante la llamada “Larga Marcha”, pero que sin embargo subo apoyarse exitosamente en las grandes masas campesinas del país hasta tomar el poder. Los primeros años de la China revolucionaria están marcados por la reforma agraria y la reunificación del territorio nacional chino, además de por las gigantes remesas de ayuda soviética para colaborar con la implantación del régimen socialista. Es a partir del año 1953 cuando comienza el intento de desarrollar económicamente el país mediante los planes quinquenales al estilo soviético. Coincidiendo con el segundo plan quinquenal (1958-1962) se produce el gran intento de colectivización agraria y rápida industrialización del país, comúnmente conocido como el “Gran Salto Adelante”, que dio lugar a la creación de comunas populares y pequeños hornos para la fundición de acero domésticos con el objetivo de aumentar drásticamente la producción de la industria pesada. También son los años del movimiento forzado de millones de persona en toda China para la construcción de infraestructuras como presas o acequias, de calidad constructiva muy cuestionable en muchos casos. La dedicación obligada a la producción de un acero de bajísima calidad y de imposible uso en la industria, unido a las catástrofes naturales y las malas cosechas dieron lugar a hambrunas pocas veces antes conocidas que acabarían con la vida de decenas de millones de personas.

La Unión Soviética que hasta ahora constituía uno de los más fundamentales apoyos para China atravesaba un proceso de desestalinización pilotado por Nikita Jrushchov que pretendía barrer el culto a la personalidad tan exacerbado en tiempo estalinistas. Este proceso era diametralmente opuesto a la situación de la China de Mao Zedong donde el culto a su personalidad iba cada año en aumento. Estas divergencias y tensiones conllevaron a la interrupción de la ayuda soviética para China, agravando aún la situación del país.

El tercer plan quinquenal (desarrollado entre 1966 y 1970) opto por reconducir y moderar la hipercentralización y el Partido Comunista de China reafirmo su poder absoluto mediante la represión del disidente y el endurecimiento ideológico durante el episodio de la Revolución Cultural. Es relevante destacar en el marco de este tercer plan quinquenal, que su ejecución y desarrollo se vieron fuertemente lastradas por las malas cosechas del explicado plan previo. Dicho de otra forma, las bases económicas previas sobre las que debía lanzarse este tercer plan quinquenal eran prácticamente inexistentes dado el tremendo fracaso del llamado “Gran Salto Adelante”.

El cuarto plan quinquenal (ejecutado entre 1971 y 1975) se centró en la industria pesada, obteniendo resultados más positivos que los anteriores. Se trata de un plan ciertamente relevante en la medida en que es el último desarrollado y ejecutado todavía en vida de fundador de la República

Popular China, Mao Zedong. Se marcaron como objetivos fundamentales el desarrollo de la industria de carbón, cemento, productos agrícolas y muy particularmente acero, cuyo objetivo de producción se fijó entre 35 y 40 millones de toneladas en un primer momento, para ser posteriormente reducido por la Comisión Planificadora a alrededor de 32 millones de toneladas. Superado el declive económico de años previos y dada la destitución de personalidades discordantes y de carácter radical (algunos de ellos principales ideólogos de la Revolución Cultural o del Gran Salto Adelante) conllevó un periodo de mayor calma y de total cumplimiento de los objetivos de este cuarto plan. La alta producción industrial pesada reflejada en el cumplimiento del objetivo de fabricación es una clara manifestación de un elemento ciertamente repetido en el desarrollo de este trabajo, el que pretende poner de manifiesto que la fuerza y el vigor de la industrialización china proviene de etapas previas a las reformas operadas por los sucesores en el liderazgo del país tras la muerte de Mao Zedong.

La muerte de Mao Zedong en 1976, es un momento de extraordinaria relevancia para la historia de la República Popular China, en tanto en cuanto fue Mao el fundador la república y el que marcó su destino con mano de hierro. Se trata también de un elemento fundamental en el estudio que pretende hacer este trabajo, en la medida en que en numerosas ocasiones se ha querido ver en la muerte de Mao Zedong el cambio de perspectiva y de mentalidad operado en los dirigentes chinos que permitió una suerte de despegue económico que antes se encontraba lastrado (si no completamente detenido) por posturas excesivamente maoístas, anquilosadas, esclerotizadas y ortodoxas. Tal y como se explicará, los hechos y datos macroeconómicos vienen a refutar esta teoría (que no puede sino caracterizarse de simplista y de querer presentar una historia excesivamente lineal y sin claroscuros) mostrando una fuerte industrialización y desarrollo encontrándose Mao en el poder. Por lo demás la muerte de Mao Zedong presentaba notables problemas sucesorios. Luchando por el liderazgo del Estado y del Partido se encontraba la célebre “Banda de los cuatro”, un grupo de presión político en cuyo seno se encontraba la viuda de Mao y que continuaba reivindicando la Revolución Cultural y la herencia de la misma, de alguna forma representaba la ortodoxia postulándose a la sucesión. Sin embargo, la pérdida de cotas de poder de la previamente todopoderosa “Banda de los cuatro” era notoria, y se manifiesta en la elección como presidente del Partido Comunista de Hua Guaofeng que no formaba parte de la Banda. Más aún, fue este dirigente el que acabaría arrojando a la “Banda de los cuatro” siendo acusados de terribles abusos cometidos durante la Revolución Cultural. Así como Mao había podido lanzar constantes “revoluciones desde arriba dentro de la propia revolución”¹ para mantenerse en el poder, la “Banda

¹ Dikotter, F. (2010). *Mao's great famine*. Londres: Bloomsbury.

de los cuatro” ya no contaba con poder suficiente para hacer lo propio. Todo ello no puede desviar la vista de la verdadera situación en la que en ese momento se encontraba el primer sucesor de Mao, Hua Guaofeng: había sido designado principalmente como un sucesor de compromiso y espoleado por el miedo existente en amplias capas del ejército y el Partido en la toma del poder por los integrantes de la “Banda de los cuatro”, su carisma y apoyos reales en el aparato del Partido eran reducidos. Al mismo tiempo, el pragmatismo, moderación y prudencia de Deng Xiaoping (alto cargo que también se postulaba a la sucesión, y que había sido previamente víctima de la Revolución Cultural y relegado hasta trabajar en una fábrica de tractores), contaba con numerosos adeptos en el aparato de poder territorial del Partido. Falto de apoyos y consciente de su propia situación, Hua Guaofeng acabaría cediendo en la cúspide del poder en favor de Deng Xiaoping en 1978.

Pronto el liderazgo de Deng quedaría marcado, por un notable alejamiento de políticas anteriores, haciendo gala de un pragmatismo económico que le impulsaría a comenzar las primeras reformas que conducen a la China actual. La planificación a nivel macroeconómico y microeconómico se verá relajada, el sistema bancario descentralizado, el yuan devaluado, las explotaciones rurales redimensionadas y el monopolio estatal sobre el comercio internacional aflojado.

2.1. La cuestión agraria o el desafío alimentario de China.

Como se viene diciendo, si bien el objetivo de este trabajo es el análisis del despegue y avance económico de la República Popular China en la época posterior a Mao Zedong, ello no es óbice para encontrar también factores determinantes a dicho éxito en momentos anteriores. Todos los grandes movimientos y procesos macroeconómicos quedan influidos por decisiones anteriores, donde pueden encontrarse las raíces y causas de las consecuencias que después se presencian. Es por ello que un análisis que desplazara de la ecuación lo ocurrido (y decidido) durante la época propiamente maoísta pecaría de insuficiente y se correría el riesgo de no estar analizando la cuestión con la perspectiva que permiten todos los enfoques.

El porcentaje de tierra arable o cultivable en China, obtenido a partir de los datos del Banco Mundial, es del 12,678² por ciento respecto del área total de tierra, es decir, de cada 100 hectáreas de tierra, solo 12 de ellas se consideran aptas para realizar labores de agricultura que puedan redundar en una producción agrícola, ya sea alimentaria o de cualquier tipo. Esto sitúa a la

² Datos obtenidos a partir del Banco de Datos del Banco Mundial, porcentaje de tierra cultivable sobre tierra total en 2018.

República Popular China ligeramente por encima de la media mundial que se sitúa en los últimos datos publicados en 2018 por el Banco Mundial en el 10,825 por ciento. Sin embargo, esta cantidad de tierra cultivable la sitúa muy por debajo de otros países más afortunados, incluso de su entorno, y que pudieran compararse a China en cuanto a despegue económico, población y extensión territorial, como puede ser la India que cuenta con un porcentaje de tierra cultivable del 52 por ciento, u otros países que pudieran servir de referencia más cercana como puedan ser España, Francia, Alemania o Estados Unidos, que cuentan con, 23%, 33%, 33% y 17% respectivamente. Si bien China se encuentra ligeramente sobre la media de tierra cultivable a nivel mundial, es necesario tener en cuenta que se trata del país más poblado del planeta, población que debe ser alimentada y provista de productos agrícolas. Dicho de otra forma, la densidad poblacional de la República Popular China medida en personas por kilómetro cuadrado es de 148,77, lo cual casi triplica la media mundial situada en 59,66. Así, China debe proveer de alimentos a una enorme población, la primera del mundo, ciertamente densa y concentrada en cada vez mayor medida en núcleos de carácter urbano con una cantidad de tierra cultivable que por razones eminentemente geográficas y orográficas la sitúa en una posición ciertamente mediocre a estos efectos. El reto o desafío alimenticio no es otro que tener que “alimentar a cerca del 20% de la población mundial con menos del 10% de las tierras arables del planeta”³. Son estos datos los que dan fe de la cuestión agraria y la problemática que existe alrededor de ella, una problemática que por otro lado ha sido omnipresente durante gran parte de la historia de China, que ya desde muy pronto contó con una gran población.

La industrialización y crecimiento económico requiere, siempre, verificar la posibilidad de mantener y abastecer a la creciente población resultante de la bonanza económica, teniendo en cuenta además el aumento de la esperanza de vida que acaece cuando cualquier sociedad progresa socioeconómicamente. Dicho de otra forma, el crecimiento económico industrial debe asentarse en las sólidas bases del abastecimiento alimenticio, que en culturas asiáticas depende en gran medida de la producción alimentaria agrícola. De esta producción alimentaria dependerán los excedentes necesarios para que capas enteras de la población ocupen puestos de trabajo en las industrias y servicios, mientras que porcentajes cada vez menores de población rural deben soportar necesidades crecientes de alimentación y producción agrícola.

El presentado desafío alimenticio ya ha sido apuntado e identificado por numerosos autores como Rémy Herrera y Zhimming Long en su libro “¿Es China capitalista?” o por Frank Dikotter en su

³ Herrera, R. y Long, Z. (2021). *¿Es China Capitalista?*. Barcelona: El Viejo Topo. pág 32.

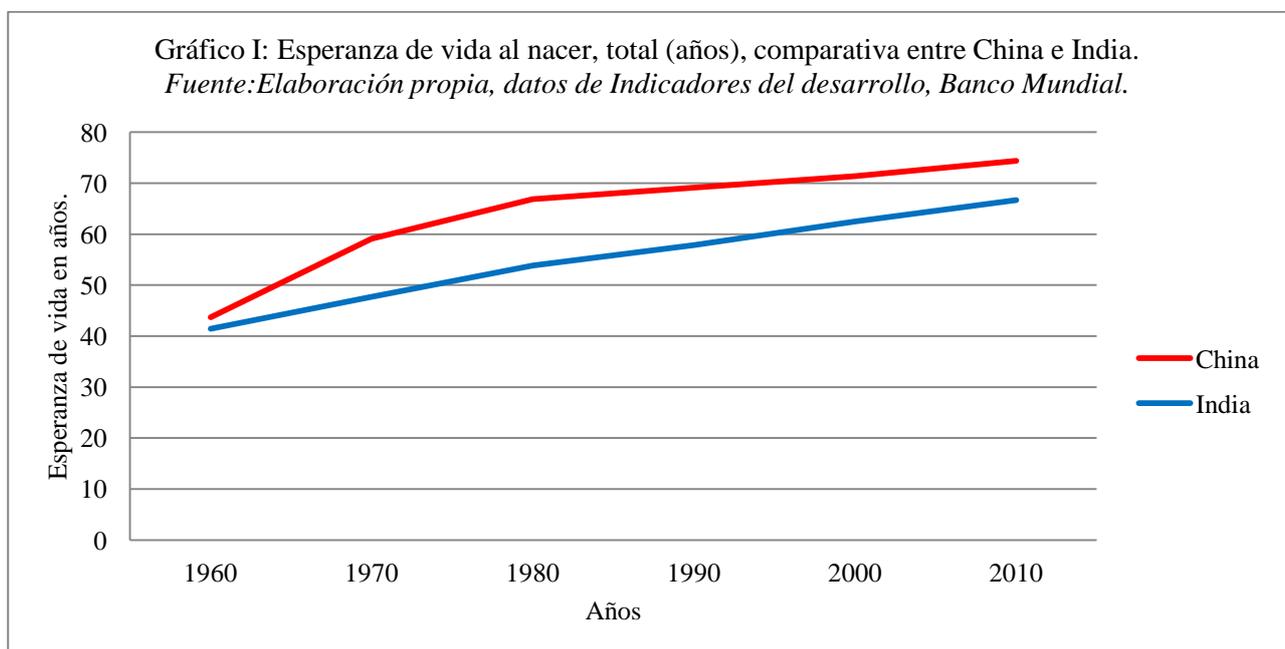
obra “Mao’s Great Famine”. Es necesario por ello identificar cual es la solución dada por el modelo chino a este desafío, y los dos primeros autores mencionados no dudan en apuntar en el acceso al que tuvo el campesinado a la tierra, concretamente en el mantenimiento de la política revolucionaria china de reafirmar constantemente la propiedad del suelo como estatal o colectiva. Para ellos, la posibilidad dada a las masas campesinas a la hora de acceder al trabajo y a la explotación de la tierra constituyó el núcleo de la superación del problema agrario. La reforma agraria operada en China para convertir en pública y colectiva la propiedad y posesión del suelo, efectivamente no tiene parangón con otros países asiáticos de su entorno, y menos aún con otros países de los llamados comúnmente emergentes. China, hoy en día, continua asegurando por ley, la posesión y el acceso a la tierra de enormes capas poblacionales, se calcula que 450 millones de personas trabajan el campo chino (Herrera y Long 2021).

Esta reforma agraria de magnitudes no conocidas en ningún otro país puede ser identificada como el elemento diferencial que permitió superar a China el desafío alimentario que separaba al país de su definitivo despegue económico y social. Efectivamente y a la vista del crecimiento económico chino de hoy puede afirmarse que sentó las solidas bases para abastecer de alimentos y de excedentes alimentarios a las nuevas capas poblacionales que se dedicarían a la industria en núcleos urbanos y ciudades. Sin embargo dicha reforma en ningún caso puede ser tratada como un camino de rosas y un proceso continuo de éxitos. Es totalmente necesario recordar las hambrunas de proporciones anteriormente no conocidas desatadas por el momento álgido de la reforma agraria, durante el Gran Salto Adelante entre 1958 y 1962, momento de mayor colectivización agraria y de creación de comunas forzosas. Esta hambruna acabaría con la vida de alrededor de 45 millones de personas en toda China, según los datos expuestos por Frank Dikotter en su libro “Mao’s Great Famine”. Los excesos de una colectivización excesivamente apresurada, constreñidos por una planificación totalmente centralizado e inflexible, unidos a la ruptura de relaciones entre China y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas que supuso la retirada de créditos e inversiones soviéticos vitales para el desarrollo chino, fueron las causas desencadenantes de esta brutal hambruna. La reforma agraria en China efectivamente se realizó, dando lugar a la propiedad pública de la práctica totalidad de la tierra del país, eso sí, con un coste en vidas humanas que tampoco tiene parangón en ningún otro periodo de la historia y que también revela la brutalidad del periodo maoísta. Si bien según los mencionados autores Remy Herrera y Zhimming Long fue la referida reforma agraria y colectivización de la tierra la que permitió superar el desafío alimentario, un análisis completo de la situación jamás puede realizarse sin referirse a las 45 millones de vidas que las terribles decisiones de la política maoísta segaron durante el periodo del Gran Salto Adelante.

La obsesión de la política maoísta con la reforma agraria, la construcción de comunas y la colectivización del campo puede comprenderse si comienzan a entenderse algunas de las diferencias más reseñables entre el maoísmo y el marxismo. Si bien no caben en este trabajo disquisiciones pormenorizadas sobre las similitudes entre ambos, al tratarse de un estudio eminentemente económico y no de carácter político. Sin embargo, si caben todos los análisis políticos necesarios que sirvan para explicar la evolución de los fenómenos políticos. Uno de los elementos diferenciadores que caracterizan la ideología maoísta o pensamiento Mao Zedong es la posición central que toma el campesinado en el proceso revolucionario. Si en la ideología de Karl Marx el proletariado como clase trabajadora urbana e industrial, es el motor de las revoluciones (primeramente de aquellas que encumbraron a la burguesía y derrocaron al feudalismo y también lo será de aquella que derroque a la burguesía en favor de las masas populares), para Mao Zedong estas masas populares sobre las que pivota el curso revolucionario son las masas campesinas. No es esto difícil de entender en la medida en que Karl Marx preveía que fueran las masas populares de proletarios industriales y fabriles de los países más industrializados de su época (Reino Unido) las que iniciaran las primeras revoluciones. Sin embargo, muchas décadas después, Mao Zedong debió trasladar estas mismas ideas marxistas a un país eminentemente agrícola y que apenas había desarrollado industria (con la excepción de zonas de Manchuria anteriormente controladas por el imperio japonés a través de sus estados títere o satélite que revirtieron al control chino tras la derrota nipona en la Segunda Guerra Mundial). La falta total de un tejido industrial impedía contar con masas populares de proletariado industrial en los que centrar los esfuerzos revolucionarios del líder comunista chino. Todo lo que tenía alrededor eran enormes masas de campesinado terriblemente empobrecidas por años de penurias, guerras y ocupaciones extranjeras en China. Sobre estas masas campesinas Mao Zedong debió estructurar su ideología revolucionaria, haciendo pivotar el curso revolucionario sobre ellas y colocándolas como los motores de la revolución china. Para el líder comunista el campesinado chino reunía dos importantes características que lo convertían en un sujeto revolucionario ideal, primero, eran extraordinariamente pobres y sus perspectivas vitales y económicas no conocían mejoras desde hace décadas, y segundo, constituían, en materia política, una verdadera tabla rasa, se encontraban en blanco a lo que ideología se refería. Así, célebre es la frase de Mao sobre el campesinado que viene a decir: “son (el campesinado) hoja en blanco sin manchas, por ello las palabras más nuevas y hermosas pueden ser escritas en ella”. Esta postura central que adopta el campesinado en el maoísmo explica totalmente la obsesión de las autoridades comunistas y revolucionarias chinas con la cuestión agraria. Por supuesto, la magnitud de la problemática agraria en China y el “efecto tapón” que esta había supuesto para el desarrollo en

las décadas previas al periodo maoísta también contribuyeron a despertar el interés de los líderes revolucionarios por esta cuestión.

Son los datos los que deben conducir a comprobar si efectivamente la cuestión agraria o el desafío alimenticio fue atajado en China, todo ello sin dejar de referirse a las brutalidades que la población china hubo de padecer por las decisiones de las autoridades revolucionarias durante el Gran Salto Adelante. Pues bien, a la hora de realizar el análisis de datos conviene efectuar la comparación de la República Popular China con otros países que también tengan dimensiones continentales, se encuentren extraordinariamente poblados, y que incluso compartan la categoría de “emergentes”, los cuales pueden compartir una problemática agraria de proporciones similares. Es el caso por ejemplo de la India, un país extraordinariamente poblado y que puede considerarse ciertamente una potencia en su región. Para analizar la situación de la cuestión agraria en los países comparados se tomarán los datos de la esperanza de vida al nacer, en la medida que permiten establecer en qué medida el país ha logrado abastecer alimentariamente a capas cada vez mayores de población aportándoles mayor calidad de vida y posibilidad de vivir más años. Además, es indiscutible que la esperanza de vida constituye uno de los indicadores básicos del desarrollo socio-económico de cualquier país o sociedad.



En el presente gráfico se presenta la evolución de la esperanza de vida al nacer en años, desde comienzos de la década de los 60 hasta la actualidad. Resulta una comparación muy conveniente en la medida en que la esperanza de vida en India y China en 1960 se situaba prácticamente a la par. Es a partir de esta época cuando la esperanza de vida china refleja un despegue claramente mayor que

la observada para la India, hasta el punto de que en la actualidad la esperanza de vida China supera en 8 años a la India.

Si realizamos una ampliación del espectro comparativo tomando los datos aportados por Remy Herrera y Zhimming Long en su libro “¿Es China capitalista?”, podremos observar los avances logrados por China en la esperanza de vida de su población en la época previa al aperturismo y las reformas económicas. Así, en los años 50 la esperanza de vida china para ambos sexos según datos de Naciones Unidas, era de alrededor de 40 años para China, 38 para la India, 65 de media para Europa, y 68 para los Estados Unidos, lo que suponía que alrededor de 25 y 28 años de diferencia separaban a la República Popular China de las áreas más desarrolladas del planeta. A finales de la década de los 70 los datos respectivamente y en el orden anterior eran los siguientes: 65, 54, 71 y 73, en este momento China solo quedaba separado por 6 y 8 años de Europa y los Estados Unidos. Finalmente en 2010, los datos se situaban en: 74, 65, 76, y 79, solo 2 y 5 años separan ahora a China de las que continúan siendo las áreas más económica y socialmente desarrolladas de nuestro planeta (Herrera y Long, 2021). Es decir, 25 años de esperanza de vida se han logrado en China en las últimas décadas, logrando recortar extraordinariamente las diferencias existentes con las áreas de mayor desarrollo. Es bien cierto que este aumento de la esperanza de vida pudiera encontrar causas en otros muchos factores, como los avances médicos y las políticas sanitarias públicas, pero también demuestran que la cuestión agrícola que larvaba el desarrollo del país fue atajada en periodos previos al aperturismo económico.

Es por todo ello por lo que puede determinarse que la respuesta dada por el modelo chino a la problemática agraria puede considerarse como uno de los factores determinantes del desarrollo económico posterior. Es además un factor que encuentra su origen en momentos anteriores a la etapa aperturista pues es llevado a cabo en época todavía estrictamente maoísta. Lo cual puede empezar a arrojar luz sobre si todas las causas del despegue económico chino deben ser buscadas estrictamente en el supuesto abandono del dirigismo económico y la adopción de mecanismos netamente capitalistas y de mercado, o si bien, las raíces de este desarrollo son previas y ya existentes antes de las decisiones comenzadas a tomar tras la muerte de Mao Zedong. Por supuesto, es obligado hacer referencia a que las decisiones aperturistas y de orientación capitalista también afectaron en la forma de tratar la cuestión agrícola y la gestión del acceso a la tierra por el campesinado, hoy “los modos actuales de organización, producción y distribución del sector agrícola, (están) totalmente imbricados en mecanismos de mercado”⁴. Sin embargo, ello no

⁴ Herrera, R. y Long, Z. (2021). *¿Es China Capitalista?*. Barcelona: El Viejo Topo. pág 32.

significa que sean totalmente ajenos a aquellos de la época revolucionaria maoísta, ya la propiedad del suelo continua en la actualidad siendo estatal y de carácter colectivo. De esta manera, puede reafirmarse que la persistencia en la propiedad pública de la tierra es un elemento fundamental dentro del sistema de desarrollo chino. No significa esto afirmar que la propiedad pública del suelo y su colectivización es intrínsecamente beneficiosa para el desarrollo de las sociedades y los países, en la propia China pueden encontrarse momentos en los que esta reforma agraria causó las peores hambrunas conocidas, seguidas de la muerte de decenas de millones de personas. Sin embargo, si puede afirmarse que dentro del esquema de desarrollo chino que ha conocido gran éxito en las últimas décadas, la propiedad pública y colectiva del suelo es un engranaje fundamental y necesario, y uno de los factores determinantes que vienen a explicarlo.

Toda la importancia de las reformas operadas en el ámbito rural no puede entenderse sin relacionarlas con la acumulación de capital ocurrida en China para el mismo periodo temporal. Si bien puede resultar complicada la medición de los *stocks* de capital en la República Popular China en la medida en que sus instituciones nacionales de estadística no han publicitado datos relativos al periodo estudiado para este parámetro, además tampoco pueden encontrarse datos al respecto en la base de datos oficial del Banco Mundial de indicadores del desarrollo. Si bien esto es cierto, si pueden encontrarse datos a este respecto elaborados por los autores Herrera y Long en 2021. Sin entrar pormenorizadamente en el procedimiento de elaboración de estos datos e índices, en tanto en cuanto el presente trabajo es fundamentalmente una labor de diagnóstico, baste decir que las tasas de crecimiento medias del *stock* de capital (que incluyen en palabras de los propios autores: “todos los equipamientos, máquinas herramientas, instalaciones industriales, pero no los edificios residenciales ni el valor de los terrenos”⁵), fueron para el periodo relativo a 1952-1978 de 9,7%, y para el periodo de 1979-2015 de 10,9%. De estos datos pueden obtenerse dos conclusiones, una de ellas general, y la otra directamente relacionada con la importancia de la superación del desafío alimenticio y de la cuestión agraria. En primer lugar, tal y como puede observarse, la acumulación de capital es muy similar en ambos subperiodos, siendo el segundo el que abarca por completo la apertura de la economía china y su integración en el sistema internacional de trabajo. Este hecho, viene a apuntalar, una vez más la tesis que apoya que la economía china previa a la introducción en la misma de técnicas y mecanismos contenía en si factores tremendamente relevantes para su posterior crecimiento, cuya minusvaloración sería un error. Por otro lado y en segundo lugar, se constata que estos altos índices de acumulación de capital solo pueden ser explicados a la luz del fenómeno agrario o rural, en tanto en cuanto esta acumulación solo pudo producirse dadas las

⁵ Herrera, R. y Long, Z. (2021) *¿Es China Capitalista*. El Viejo Topo, Barcelona: 2021. pág.48.

enormes transferencias de recursos agrícolas hacia zonas de nueva industrialización⁶. En la medida en que la producción agrícola (además de la minera) es la única en producir bienes exportables e intercambiables bien por bienes de tipo industrial (máquina herramienta y similares) o directamente por divisas internacionales con las que adquirir el equipamiento industrial que dieran lugar a tal acumulación de *stocks* de capital. Los recursos agrarios fueron fundamentales y necesarios para financiar la primera gran industrialización maoísta.

Un ejemplo claro de cómo se vehiculó esta acumulación de capital mediante la importación de bienes puede observarse en la siguiente tabla elaborada por Frank Dikotter a partir de los datos del Ministerio de Asuntos Exteriores chino. Muestra las exportaciones desde la Unión Soviética hacia China en millones de rublos.

Tabla I: Exportaciones soviéticas a China (millones de rublos).

Fuente: Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Popular China, Pekín, 1963.

	1957	1958	1959	1960	1961	1962
Total	556	576	881	761	262	190
Equipamiento industrial	245	292	310	283	55	9
Equipamiento militar	121	174	79	72	12	11
Nuevas tecnologías	7	78	122	104	12	30
Otros	183	292	370	301	183	140

El pico de exportaciones se alcanzó en 1959, antes de decrecer dramáticamente por el continuo empeoramiento de las relaciones con la Unión Soviética. Como puede observarse el elemento

⁶ Prácticamente la totalidad del territorio costero chino, mayormente la parte sureste del mismo. Ya se ha venido diciendo que las únicas áreas medianamente industrializadas de China previamente a la toma del poder por parte del Partido Comunista eran las anteriormente ocupadas por el Imperio del Japón en la década de los 30 y los primeros 40, es decir, Manchuria.

protagonista de todas estas importaciones es el equipamiento para plantas industriales, en la medida que el desarrollo de la industria propia china no permitía producirlo internamente. Es a través de esta importación masiva de bienes de equipamiento industrial como mayormente se lograrían los datos ya vistos de acumulación de capital, que posteriormente permitieron la rápida industrialización del país.

La siguiente tabla ilustrará acerca de la importancia del sector agrícola y las reformas agrarias operadas para pagar y equilibrar la balanza comercial ante tan numerosas compras o importaciones de equipamiento industrial. Muestra las exportaciones realizadas a la Unión Soviética en millones de rublos.

Tabla II: Exportaciones chinas a la Unión Soviética (millones de rublos).

Fuente: Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Popular China, Pekín, 1963.

	1957	1958	1959	1960	1961	1962
Total	672	809	1006	737	483	441
Minería, industria	223	234	218	183	140	116
Productos agrícolas procesados	227	346	460	386	304	296
Productos agrícolas sin procesar	223	229	328	168	40	30

Es decir, en pago de las remesas de equipamiento industrial provenientes de la Unión Soviética, China entregaba enormes remesas de productos agrícolas, que se lograron a través de gigantescas reformas agrarias y una total obsesión por la producción agrícola. La acumulación de capital operada a través de exportaciones e importaciones tuvo como condición necesaria la masiva producción agrícola lograda tras las reformas en el campo chino. Si bien, lógicamente no puede a finales de los 50 y principios de los 60 hablarse, en absoluto, todavía, de superación del desafío alimentario, en la medida en que estas gigantescas remesas agrarias que permitieron la importación de bienes industriales fue a costa de la muerte de millones de personas azotadas por la hambruna.

No se trata pues de remesas de “excedentes” alimentarios, muy al contrario, se empleaba aquellos bienes agrícolas que la población habría necesitado para alimentarse (los datos de las tablas hacen referencia a la hambruna generada por el Gran Salto Adelante) para la exportación en masa de los mismos, con las dramáticas consecuencias que se derivan de ello. Este gigantesco drama humano, no es óbice para mencionar (sin justificar en ningún caso) como la cuestión agrícola fue un factor decisivo y clave a la hora de entender la acumulación de capital que “preparó” a la economía china para su posterior crecimiento.

2.2 El dinamismo de la economía maoísta.

En el presente apartado se pretende realizar un breve análisis sobre el estado de la economía global china durante la época maoísta, sobretudo en comparación con otros países del campo socialista, que eran en su mayoría estados satélites de la ya extinta Unión Soviética. La comparación, debe, necesariamente realizarse con otras naciones que aplicasen las doctrinas económicas socialistas en cuanto a que el funcionamiento de las mismas y su evolución durante los años de la Guerra Fría fue notablemente diferente al observado en el ámbito de las economías de mercado.

Este hecho no debe hacer pensar en una total uniformidad de la evolución y situación económica de los países del campo socialista. Si bien el socialismo se aplicó durante la segunda mitad del siglo XX (sobre todo tras la caída de Europa del este bajo la influencia soviética), en gran parte de la costra terrestre, sus doctrinas económicas y políticas no siguieron un estricto patrón común en todos los lugares, ni, lógicamente, se aplicaron sobre contextos económicos y sociales uniformes. Así, regímenes socialistas rigieron sobre sociedades ampliamente desarrolladas y fuertemente industrializadas como la parte este de Alemania (la República Democrática de Alemania), y sobre otras mayormente rurales y con instituciones todavía heredadas del feudalismo como en el caso de Corea del Norte. También debe mencionarse que la China maoísta, transcurridos los primeros años de la década de los 60 y a raíz de los desencuentros y tensiones con los dirigentes soviéticos a causa de los procesos de desestalinización y retirada del culto al líder, dejó de encontrarse entre los países ciertamente influenciado por la Unión Soviética, pasando a liderar un bloque diferenciado dentro del amplio bloque socialista en el que el liderazgo de la Unión Soviética comenzaba a dar señales de agotamiento.

Sin embargo, y a pesar de todo lo explicado anteriormente continúa pareciendo razonable establecer comparativas entre los diferentes países del campo socialista y descubrir en qué lugar de ellos se encontraba la República Popular China. De esta manera, podrán obtenerse datos contrastados del verdadero dinamismo y estado de la economía china antes de que esta comenzase a afrontar las

reformas aperturistas y liberalizadoras ocurridas tras la muerte de Mao Zedong. Así, tomando como ejemplo el sector industrial, una de las grandes obsesiones de gran parte de los regímenes socialistas de los países pobremente industrializados, la tasa de crecimiento del sector industrial chino se situó en una media anual de 9,9%⁷ de crecimiento durante la totalidad de la década de los 70, aún cuando las reformas tan solo estaban empezando a esbozarse. Esta tasa que puede servir para medir el dinamismo del sector industrial chino, sitúa a la Republica Popular China como la segunda más importante de todo el mundo socialista solo por detrás de Yugoslavia y ciertamente por delante de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (6,2%) y otras joyas de la corona de entre las economías planificadas como la de la Republica Democrática de Alemania. La adhesión a la Organización Mundial de Comercio, que se produjo en noviembre del año 2001, sin duda introdujo de lleno a China en el marco de la división global e internacional del trabajo, catapultando su industria manufacturera hasta convertirse en la fábrica del mundo. Sin embargo, antes, y conforme a lo explicado la economía industrial china ya venía alcanzando una velocidad de crucero de proporciones notables.

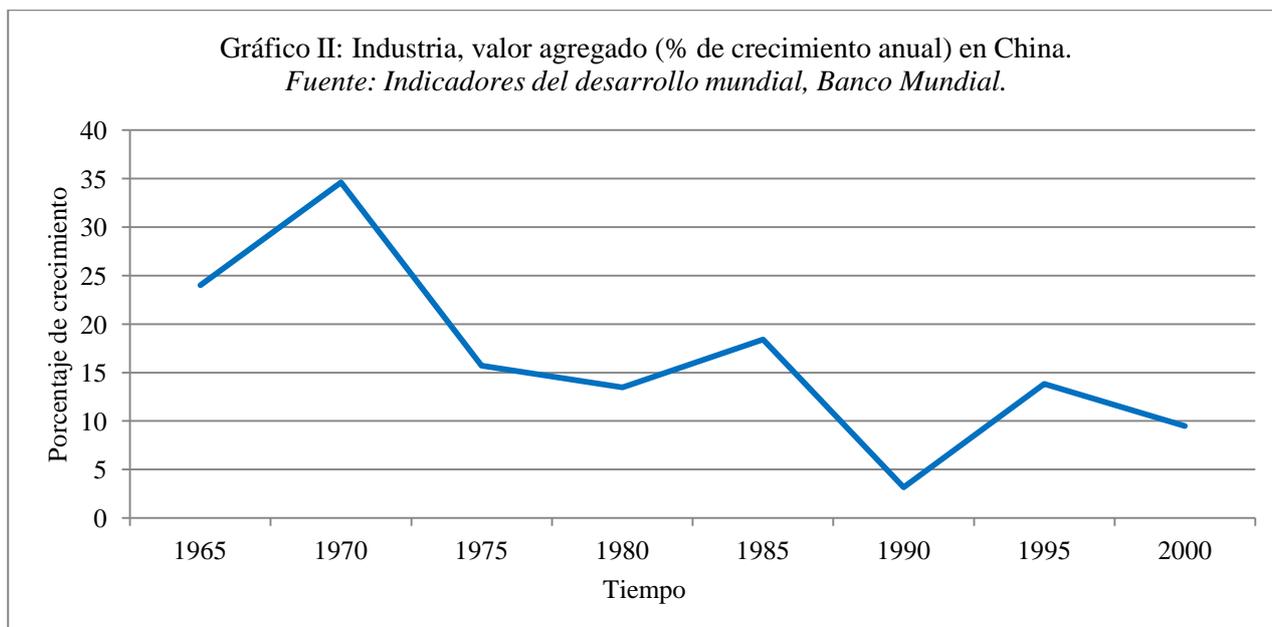
En el siguiente gráfico, obtenido de los datos proporcionados por el Banco Mundial puede observarse el crecimiento del valor agregado aportado por el sector industrial (incluyendo la construcción), desde que hay datos disponibles, 1965 hasta comienzos de los 2000, momento en que las reformas aperturistas alcanzan su mayor apogeo. Puede observarse como dicha tasa de crecimiento se situaba en 24 puntos porcentuales en 1965 y rozando los 35 puntos porcentuales en 1970, lo cual puede aportar una verdadera idea de lo preparada que se encontraba la economía china para comenzar a afrontar las reformas que acabarían enfrentándola al resto del mundo gracias a las crecientes medidas aperturistas que se tomarían una década después.

Si bien es necesario mencionar que estas altísimas tasas de crecimiento pueden explicarse en parte por el momento de transición que China estaba experimentando: pasando de un país con casi nula presencia industrial a uno crecientemente industrializado. Es decir, son tasas propias de un país en pleno momento de desarrollo. Todo ello sin embargo no puede ocultar el hecho de el dinamismo anterior a las medidas aperturistas chinas encierra una de las claves para el éxito posterior de las mismas y de su economía.

⁷ Marer P., Arvay J., O'ConnOr J., Schrenk M. y Swanson D. (dir.). (1992). *Historically Planned Economies: A Guide to the Data*. Washington D.C.: The World Bank Editions.

Gráfico II: Industria, valor agregado (% de crecimiento anual) en China.

Fuente: *Indicadores del desarrollo mundial, Banco Mundial.*



También cabe resaltar, en referencia al gráfico previo, el dato más bajo de toda la serie del crecimiento del valor agregado por el sector industrial a la economía china. Se trata, ni más ni menos y tal como se puede observar del año 1990. Un año que, de seguirse la tesis que apoyaría el milagroso despegue económico post-maoísta no debería ofrecer datos de crecimiento del valor agregado del sector industrial tan bajos, muy al contrario, debería mostrar clara manifestación de la industrialización y desarrollo que se logró única y solamente (siempre según esta tesis) tras las reformas aperturistas iniciadas por Deng Xiaoping. Es así, como puede observarse que, de nuevo, los datos contradicen este relato, que puede situarse más bien en el ámbito del mito, en la medida en que encuentra difícil apoyo y fundamento en los objetivos datos macroeconómicos. Así, las principales tasas de crecimiento referidas se encuentran en años previos a los de las reformas, dejando constancia una vez más de hasta qué punto los factores determinantes del éxito económico chino hunden sus raíces bastante más tiempo atrás del que usualmente suele pensarse. Concretamente un tiempo previo a las reformas en el que la economía china alcanza ya velocidad de crucero y cimenta bases solidas para un futuro crecimiento que se verificará y mostrará sus consecuencias más externas y notorias décadas después, en el momento de redacción de este trabajo. No debiendo de forma alguna confundir estos hechos, con un súbito e improvisado despegue chino, que de alguna manera hubiera caído del cielo y se encontrase totalmente desconectado de políticas económicas previas a la época reformista y a la historia económica de China.

Así, y continuando con los datos expuestos por Paul Marer en su publicación para el Banco Mundial: *Historically Planned Economies*, y reflejados por Remy Herrera y Zhimming Long en su anteriormente citada obra. Durante los años 80, habiendo muerto ya Mao Zedong y estando en el

poder Deng Xiaoping tras el XI congreso del Partido Comunista de China pero estando aún vigentes gran parte de las instituciones de carácter socialista, China también se situaba en primer puesto entre los países socialistas en la tasa de crecimiento medio de la agricultura, con el 6,3%, en industria (12,6%), sector de servicios (10,6%), y sector de la construcción (12,3%). Todo ello viene a demostrar un evidente dinamismo de la economía china pre-reformas, y no solo en el ámbito estrictamente industrial.

En este apartado se ha pretendido demostrar un evidente dinamismo y fortaleza de la economía china en su conjunto aún cuando las reformas no habían alcanzado su apogeo o incluso cuando las mismas no habían comenzado. Todos estos datos deberían alejar de la tesis que ve en las reformas la única e indispensable causa del éxito del modelo chino, y conlleva a establecer factores determinantes del mismo en momentos previos de la época previa. Estos factores o hitos previos vienen a constituir los fundamentos, los cimientos, en los que las reformas aperturistas necesitaron asentarse para labrar su éxito. Desde luego, la historia de la China revolucionaria está plagada de fracasos y barbaridades, entre los que se encuentra la muerte de decenas de millones de personas por hambrunas, el movimiento forzoso por el territorio de millones de ciudadanos chinos por el territorio y la brutal represión política de la población. También esta época es del todo determinante para entender donde se encuentran las claves del desarrollo económico, sus raíces y fundamentos, para comprobar el excesivo simplismo en el que se incurriría haciendo recaer todos los elementos del desarrollo económico en las medidas económicamente liberalizadoras.

3. La China de hoy, claves de su crecimiento.

Hasta ahora se han venido analizando factores determinantes y elementos clave para el desarrollo de la economía china pertenecientes a la época estrictamente revolucionaria o maoísta. Ahora, en este tercer apartado corresponde el análisis de la China de la actualidad, la China producto de la aplicación cada vez más profunda de reformas aperturistas, liberalizadoras y menos dirigistas en lo económico. Es decir, la China que indudablemente ha alcanzado cotas de crecimiento de producto interior bruto muy relevantes durante las últimas décadas. Parece importante resaltar que en el presente trabajo no se pretende establecer o hacer entender que existe una ruptura total entre la

China revolucionaria hasta la muerte de Mao Zedong y la China posterior “inaugurada” por Deng Xiaoping. Si bien se ha utilizado en la propia estructura de este trabajo una división entre China pre-reformas, y China post-reformas, se trata únicamente de una forma de organizar las ideas y el contenido del mismo, ya que no cabe hablar de una desconexión entre ambos periodos, nada más lejos de la realidad. Así, muchas instituciones del periodo revolucionario permanecen hoy en día, para nada puede hablarse que las reformas realizadas hayan hecho tabla rasa alguna sobre el terreno que se encontraron al ser aplicadas. Se trata, más bien, de una evolución en la Nación china. Incluso aquellos defensores de la “conversión definitiva de China al capitalismo” y su renuncia a los ideales socialistas afirman que muchas de las instituciones políticas, sociales y económicas estrictamente maoístas todavía se mantienen completamente o en parte en el país. La más clara de ellas, resulta desde todo punto evidente, el poder político absoluto del país continúa en manos del Partido Comunista de China. Sin embargo existen otros elementos continuistas que a menudo han quedado difuminados por esta idea de que China se ha convertido totalmente al sistema antagónico al socialismo, así, por ejemplo, es poco conocido que se mantienen en el país la sucesión de planes quinquenales inaugurados ya a los pocos años de la llegada al poder del Partido Comunista Chino. Si bien es evidente que la hipercentralización vehiculada en estos planes quinquenales ha dado paso a un procedimiento, si bien centralizado, pero que presta mayor atención a las necesidades individuales de los sujetos coordinados y de la periferia, hablar de planes quinquenales para nada es hablar del pasado chino, es hablar de actualidad. De hecho, el primer subapartado dedicado a las medidas o factores de la China actual que han contribuido a su crecimiento, será el de planificación centralizada, su modernización, y los planes quinquenales en la actualidad.

3.1. La nueva planificación central.

La planificación quinquenal continúa siendo toda una realidad hoy en China. Tanto es así que hoy se encuentra en plena aplicación el plan relativo al periodo entre 2021 y 2025, que se enmarca en un rango de objetivos mayor hasta el año 2035. En marzo de 2021, el gobierno de la República Popular China celebró las dos reuniones anuales (“Lianghui”) de mayor importancia a la hora de establecer prioridades económicas y políticas. Estas reuniones son de especial trascendencia en años como el anterior, al servir también para aprobar el plan quinquenal que regirá la coordinación de la economía china los próximos 5 años. Haciendo un breve esbozo acerca de plan quinquenal actual, es de destacar que se trata de aquel exactamente coincidente con el reto para China de relanzar su economía tras la crisis generada por la COVID-19, de hecho China, es, dentro de las grandes economías del planeta, la única que ha logrado recuperar su economía. Las líneas generales del 14º Plan Quinquenal de la República Popular China, son, según el informe elaborado por el ICEX,

mediante la información obtenido por la Oficina Económica y Comercial de la Embajada de España en Pekín, las siguientes: la recuperación del consumo doméstico, que sigue estando en niveles muy alejados respecto de los países más desarrollados del planeta, para ello las autoridades chinas han acuñado el concepto de “circulación dual”, que pretende ofrecer estímulos a la demanda interna potenciando la producción doméstica, reduciendo así la dependencia exterior china. De esta manera la “circulación externa”, servirá, tan solo, de complemento a la “circulación interna”, base del crecimiento del país en las futuras décadas. Otra línea fundamental es la protección del medio ambiente, siempre desde el tradicional enfoque del Partido Comunista de China de no contraponer, ni volver antagónicos, los objetivos conservacionistas y de respeto de los ecosistemas, con el progreso social y económico de China. El fortalecimiento del bienestar social también representa un papel fundamental en el presente plan quinquenal, sobre todo, se pretende apoyar una estrategia de urbanización a gran escala, que venga a solventar las crecientes necesidades de vivienda de la población. La reducción de la desigualdad social, que ciertamente ha crecido durante la última etapa, y que representa uno de los mayores problemas cuando las autoridades del Partido Comunista Chino pretenden afirmar su paso firme hacia los cumplimientos del ideal socialista, también es tarea pendiente en el plan quinquenal actual. Una de las principales medidas a este respecto, es el compromiso de las autoridades de crear alrededor de 11 millones de empleos en áreas urbanas, mientras se mantiene la productividad y aportación al sistema de las zonas agrícolas. Sirva esta medida como claro ejemplo de la importancia que las autoridades centrales siguen concediendo al ámbito rural, aún en fases muy avanzadas de industrialización y su consiguiente urbanización. El último de los rasgos generales del 14º plan quinquenal que merece ser destacado es el relativo al comercio internacional y a la inversión extranjera. Y es que, dada la crisis de suministros existente a causa de la pandemia, el presente plan pretende asegurar el total abastecimiento de las fuentes de suministro de China, con un aumento de la integración en el marco global del comercio internacional, así por ejemplo, China tiene pendiente la firma de un acuerdo de libre comercio tanto con Japón como con Corea del Sur. De esta forma puede observarse como las reformas chinas en materia de integración en la división internacional del trabajo y en el sistema internacional del reparto de trabajo no han cesado, y año tras año siguen produciéndose decisiones que conllevan la apertura de la economía china en régimen de libre comercio sobre nuevos mercados.

Una vez esbozado el presente Plan Quinquenal cabe ahora exponer la modificación operada en la propia elaboración y ejecución de estos planes respecto de la era maoísta y revolucionaria. Durante la era de gobierno de Mao Zedong, China recibió constantes influencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, sobre todo de la etapa más netamente estalinista de la misma. Etapa más fuertemente hipercentralista y dirigista, en la cual los planes quinquenales adquirieron el mayor de

los protagonismos. Es este el modelo de plan quinquenal que sucesivamente aprobaría China durante las décadas de los 50, 60 y 70, un modelo centralizado de toma de decisiones, en el que los operadores económicos coordinados no podían establecer relaciones bilaterales entre sí para comunicarse sus necesidades económicas. Así por ejemplo, los proveedores de materias cuya producción se encontraba regida por el plan quinquenal, en ningún momento tenían permitido coordinarse o comunicarse con los productores que iban a ser abastecidos por dichos proveedores, toda comunicación debía realizarse mediante el comité central, un “cerebro centralizado” a través del cual debían transitar todas las decisiones. Esto creaba situaciones de clara disfunción oferta-demanda que pueden observarse de forma muy clara en una situación que se repetía constantemente durante la aplicación de planes quinquenales en la Unión Soviética (pero que son perfectamente aplicables al caso chino en la medida en la que ejecutaba y organizaba estos planes a la forma soviética), se trata, concretamente, de la producción de camiones para el transporte de material extraído de minas. Dicha situación es descrita por Carlos Taibo en su obra sobre la historia de la Unión Soviética⁸: durante los planes quinquenales de los años 40 y 50, toda la producción de camiones para uso industrial se encontraba fuertemente regida y controlada por la planificación central, que simplemente estipulaba a los productores de estos vehículos la cantidad de toneladas anuales de camiones que debían producirse. De esta manera, dichos productores, afanándose por lograr el mejor cumplimiento del tonelaje marcado, decidían producir camiones cada vez mayores y más pesados, para cubrir la mayor cantidad de tonelaje posible por unidad producida. Sin embargo, en ningún momento del proceso productivo de los mismos se tenían en cuenta mayores instrucciones o directrices que las aportadas por el comité central de planificación, que no eran otras que las de cubrir la totalidad del tonelaje previsto. Algunos de estos camiones tendrían como destino el transporte de materia prima extraída de las minas soviéticas y debían realizar rutas por caminos difíciles o de tierra, para lo cual son necesarios camiones de pequeño tamaño y gran agilidad, cuyo pequeño peso pueda ser soportado por carreteras en condiciones deficitarias. Cuando los enormes camiones de gran tonelaje llegaban a los centros mineros del país, se constataba la imposibilidad de darles ese uso y debían permanecer durante largos periodos de tiempo inactivos, a la espera de nuevas directrices de la lentísima y burocratizada planificación central que ordenase la construcción de vehículos que, por fin, se ajustasen a las necesidades de aquellos que fueran a ser usuarios de los mismos. Esto es, todo operador económico que recibiera un bien debía simplemente tomarlo, ya se ajustase a las necesidades o fuera de calidad ostensiblemente inferior a la requerida,

⁸ Taibo, C. (2019). *Historia de la Unión Soviética: De la revolución bolchevique a Gorbachov*. Madrid: Alianza Editorial.

ya que junto con los objetivos que debían ser alcanzados también se adjudicaban forzosamente (y en ocasiones arbitrariamente) todos los recursos necesarios para alcanzarlos.

Estas enormes disfunciones y derroche de recursos y tiempo, que sin duda se produjeron en la planificación hipercentralizada china, pudiera haberse evitado, con notable sencillez, de haberse permitido la comunicación de segundo nivel entre productores y futuros usuarios de lo producido, que hubieran hecho notar las características concretas de sus necesidades. Si bien, esto supone un cambio sustancial en el modo de planificación centralizada, en tanto en cuanto, conlleva conceder a las unidades económicas coordinadas, notables niveles de autonomía e individualismo, de forma que las necesidades de la economía ya no serían fijadas unilateralmente por el comité central planificador. También supone, en cierta medida, una ruptura con cierta doctrina socialista que niega la capacidad de la oferta y la demanda para ajustar las necesidades individuales, y hacerlas coincidir, en un mercado económico del que participan gran número de individuos.

Sirva este ejemplo concreto para ejemplificar algunas de las más importantes carencias que podían encontrarse en la planificación hipercentralizada y sirva también como contraste con la nueva forma de planificar que pretende presentarse en el presente trabajo como uno de los factores determinantes del éxito de la economía china y cuyos rasgos generales pasarán a describirse a continuación.

De esta manera, y desde mediados de los años 90, el engranaje planificador chino ha recibido importantes actualizaciones y cambios. Este cambio pivota fundamentalmente sobre tres ejes: la flexibilización planificadora, una mayor monetización de la planificación, y la descentralización de la misma. En ningún caso esto debe llevar a entender que el fenómeno de la planificación central queda extinto en China y que los actuales planes centrales (como el anteriormente descrito) son simples “cascarones vacíos” o promesas al aire sin contenido real. La planificación continúa siendo vigorosa y fundamental para entender las principales líneas de actuación que seguirá el país en años venideros. Volviendo a los cambios realizados en la misma, los destinatarios finales de las ordenes planificadoras han visto enormemente ampliada su autonomía, al margen de la anterior central de compras única y centralizada, pudiendo ahora adquirir recursos y materias primas de forma más autónoma y flexible, posibilitando también, la aparición del fenómeno de la competencia, con el correlativo aumento de eficiencia, eficacia y productividad que ello conlleva. La competencia no era tampoco totalmente ajena a los planes quinquenales de la era maoísta pero esta se limitaba, por ejemplo, a la pugna de las diferentes comunas populares por lograr mayor producción de arroz que otras, y así lograr el favor de las autoridades centrales o regionales del partido. Esta fiera pugna en ocasiones llevaba a tremendas manipulaciones de la información sobre bienes producidos que se enviaba a las autoridades centrales encargadas de realizar el seguimiento del plan quinquenal,

generando datos inflados, irreales y ficticios. También ocasionaba la imposición de condiciones cada vez más duras al campesinado integrante de cada una de las comunas y reducciones continuas de la dieta ofrecida en las cantinas populares. En la nueva planificación central, como se ha dicho, el fenómeno de la competencia adquiere ahora relevancia mayor, posibilitando que los diferentes proveedores, incluso tratándose de empresas públicas, compitan en calidad y precio para colocar sus productos en el mercado interno chino.

Otro elemento importante de la renovada planificación es la monetarización de la misma. No es otra cosa que la posibilidad de autogestión de divisa extranjera de la que están ahora dotadas los operadores económicos chinos, que ahora son responsables de gestionar sus propios niveles de exportación para adquirir divisa extranjera con la que poder proceder a importar los *inputs* necesarios para sus cadenas productivas. Se trata, de nuevo, de una manifestación más de la flexibilización y descentralización del engranaje planificador, en tanto en cuanto ahora las individualidades pueden gestionar sus propias divisas y balances comerciales, y la dotación de divisas extranjeras no depende totalmente del comité central de planificación.

3.2 Las reformas de las empresas públicas y su régimen laboral en el sistema chino.

Como se ha mencionado en el apartado anterior, y al contrario de lo que pudiera pensarse, la planificación para nada ha desaparecido del panorama económico chino. Más bien esta se ha modernizado considerablemente huyendo de vicios y de aquellos factores que la previa esclerotizada planificación ocasionó en forma de hambrunas y crisis socio-económicas. Sin embargo de poco sirve hacer referencia a la planificación de la economía china, si no se hace referencia, aún brevemente, a los operadores económicos que forman el gran engranaje de la planificación, es decir, las empresas como células básicas del sistema económico, y más particularmente las empresas estatales chinas, por el control que sobre ellas pueden ejercer las autoridades centrales y regionales del Partido.

Tal y como se describirá más detalladamente en el apartado posterior, las empresas chinas acaparan mayores cotas de importancia año tras año, en detrimento de multinacionales extranjeras que fueron responsables de los espectaculares aumentos en las exportaciones chinas durante las últimas décadas. Sin embargo, en los últimos años las autoridades han querido beneficiar y facilitar el crecimiento y desarrollo de grandes empresas nacionales chinas, siendo el paradigma de este cambio de tendencia las ya plenamente consolidadas grandes tecnológicas: Huawei Technologies y

Xiaomi Corporation, citadas como ejemplo. Es incuestionable que este tipo de grandes empresas en un sector tan puntero como el tecnológico son consideradas por las autoridades chinas como verdaderamente estratégicas y que forman parte de la estrategia global de hacer recaer los sectores de mayor importancia en empresas del país que puedan garantizar su soberanía y velar por los intereses chinos. Sin embargo, continúa siendo algo confuso el asunto relativo a la propiedad accionarial (la propiedad de la compañía en definitiva), de estas sociedades. Las acusaciones de que poco más o menos son empresas estatales fuertemente controladas por el gobierno chino en la medida en que recibirían inyecciones continuas de capital por parte de este son incesantes. Mientras desde los órganos directivos de la propia Huawei Technologies la propiedad se atribuye a un sindicato formado por todos los trabajadores, que tendrían la propiedad del 99% de la partición accionarial, arguyendo que las leyes de gobierno y propiedad corporativas chinas solo permiten que ciertas entidades (como este tipo de sindicatos de trabajadores) pueden adquirir la propiedad de empresas.

Independientemente de cuál sea finalmente la composición accionarial definitiva de las grandes empresas chinas (de las que Huawei es solo un paradigma cuyo ejemplo puede ser extensible a otras tantas), lo dicho anteriormente puede ofrecer un esbozo acerca del modelo de empresa dentro del sistema chino. Sistema donde la diferencia entre empresa estatal y empresa colectiva (y ciertamente privada en la medida en que está controlada por sindicatos formados por sus trabajadores) aparece desdibujado y difuso, no debiendo realizarse simplificaciones en este ámbito.

En cualquier caso, el papel de las empresas públicas como sustitutas de las transnacionales exportadoras asentadas años atrás es un elemento importante para entender el devenir de la economía china. Estas empresas estatales no perseguirían objetivos de maximización del rendimiento del accionariado, objetivos que podrían divergir de los intereses económicos y globales de la Nación china. Las empresas estatales se deberían comportar de forma muy diferente, velando por los intereses del pueblo chino y actuando de forma que no erradiquen el pequeño y mediano tejido productivo del país. La óptica desde la que actúan apunta no hacia la continuada maximización de beneficios, sino al estímulo de la economía interna y la salvaguarda de los intereses nacionales. Al estar situadas dentro del perímetro controlado por las autoridades chinas estas empresas pueden ser partícipes y elementos fundamentales de las estrategias globales de crecimiento de la República Popular China. Así, por ejemplo, las empresas estatales dejaron al mismo tiempo de pagar dividendos al Estado accionista en 1994 y no volverían a hacerlo hacia 2006, lo cual parece estar plenamente en correlación con el octavo plan quinquenal finalizado en 1995 entre cuyos objetivos se encontraba el reforzamiento de la estructura empresarial estatal china,

para lo cual se requería una fuerte reinversión de difícil compatibilidad con el pago de altos índices de dividendos. Sirva este ejemplo de cómo el conglomerado de empresas estatales chinas operan de acuerdo con las estrategias largoplacistas de desarrollo, desterrando visiones cortoplacistas y ajenas a los intereses chinos que podrían adoptar empresas transnacionales cuyo accionariado es ajeno a la situación y contexto de China.

Una vez analizado de forma general la importancia de las empresas estatales chinas en el devenir económico del país, corresponde analizar las reformas operadas en dichas empresas públicas y en el sector de empleo público en general. Estas reformas no son otra cosa que la transformación de un sistema de empleo tradicional maoísta que buscaba el pleno empleo hacia un sistema de mayor autonomía de las empresas estatales que impulse un aumento de la cualificación laboral y de la productividad, eso sí, manteniendo siempre la premisa de protección del trabajador y prevención del desempleo del “bol férreo de arroz”⁹. El sistema de empleo público en los años cincuenta y sesenta esta fundamentalmente orientado hacia el desarrollo de la industria pesada, y así lo demuestran las proclamas de los líderes de chinos sobre rivalizar con la producción de acero de Reino Unido y Estados Unidos. Se trata de un sistema basado en tres ejes como son el pleno empleo de la población urbana, el bajo nivel de ingresos de la misma y la creciente división entre el mercado laboral urbano y rural que configuran la llamada “estrategia orientada a la industria pesada”. Sin embargo y a pesar de los éxitos en la industrialización anterior a las reformas de finales de los setenta como ya se ha referido en anteriores apartados, este sistema se encuentra larvado por ciertos vicios. De hecho, incluye en su seno ciertas contradicciones, “por un lado, al ser el sector de la industria pesada intensivo en capital, tiene muy poca capacidad de absorción de empleo”¹⁰, de forma que se genera una suerte de “subempleo implícito” a pesar de no existir desempleo sobre el papel o de forma explícita. Toda persona tiene un empleo pero el nivel de productividad se mantiene ciertamente bajo, no pudiendo, así, ser seguido de aumentos salariales. Esto configura un sistema de empleo estatal ciertamente distorsionado y disfuncional, excesivamente esclerotizado y ajeno a las variaciones macroeconómicas de su entorno. A pesar de los éxitos cosechados, este

⁹ El “bol férreo de arroz” es una consigna o premisa iniciada por Mao Zedong algunos años después de su subida al poder y dirigida fundamentalmente a la población y al empleo urbano, que pretendía garantizar una serie de necesidades básicas entre las que se encontraba la educación, alimentación y vivienda. Estas protecciones se otorgaban de forma inherente y vinculada simplemente con el puesto de trabajo, independientemente de la productividad del trabajador. Este sistema diverge notablemente del sistema soviético o estajanovista, de “emulación socialista”, que en ocasiones llegó a vincular ciertos aumentos de las prestaciones a mayores índices productivos. La intención de esta consigna lanzada por Mao Zedong tiene inevitables explicaciones propagandistas y la necesidad de garantizar una fidelidad y estabilidad para el Partido Comunista entre las capas de trabajadores urbanos.

¹⁰ Fernández, L. (2002). *Reforma de las empresas estatales y política de reempleo en China*. Madrid: ICE, China en el siglo XXI. pág 103.

sistema no tardará en ser objeto de reformas a finales de los 70 en el marco de los cambios que está registrando el sistema económico global chino durante esos años. Estas reformas son sin duda necesarias, debido a que, por ejemplo, grandes capas de población enviadas al entorno rural durante la llamada Revolución Cultural (bajo la consigna de “envío al campo”) pueden ahora, y están deseosos de regresar a las ciudades, donde es necesario generar sistemas que puedan absorber toda esta población. También la descolectivización de las comunas hace llegar hacia las ciudades millones de ciudadanos chinos.

Ante esto las primeras reformas tímidamente introducen mayor autonomía en el gobierno corporativo de las empresas estatales y admiten la posibilidad de reinversión a través de la retención de sus beneficios para así convertirlas en operadores económicos más flexibles y sólidos con posibilidades reales de absorción de trabajadores, creación de empleo y riqueza. Se dan incluso los primeros pasos hacia el sector privado permitiendo en cada vez mayor medida el desarrollo de negocios familiares de pequeña escala.

Nuevas reformas introducidas hacia el año 1984, hacen aparecer lo que podría denominarse como los primeros inicios de libertad contractual en la República Popular China, es decir, las primeras libertades para contratar y despedir trabajadores acogidos al contexto económico. Es este hecho que marca el inicio del llamado “sistema de doble vía” que combina precios planificados con otros que son cada vez más condicionados por conjunción de oferta y demanda. Ya en 1990 las empresas estatales han perdido su participación mayoritaria en la economía china, “mientras que a finales de los años setenta contribuyen en casi un 80 por 100 de la producción nacional, (...) a finales de los años ochenta, su participación se reduce a menos de un 50 por ciento”¹¹. En este contexto, a finales de los 80 se detectan elevados niveles de inflación y el desempleo amenaza con volver, ante esto las empresas estatales son de nuevo presionadas por las autoridades chinas para que continúen generando demanda laboral, aunque formalmente no la necesiten, de nuevo el fantasma del subempleo aparece y con él los beneficios que las empresas estatales pudieran utilizar en forma de reinversión para mejorar su productividad caen. Además las empresas estatales deben seguir garantizando la política del “bol férreo de arroz” para sus empleados, lo cual según sectores cada vez más importantes del gobierno chino empiezan a ver como una de las lastras fundamentales del sistema de empresas y empleo público del país. Este hecho permite observar como el crecimiento económico chino hasta la actualidad no ha sido siempre lineal y ascendente, como si de un dardo

¹¹ Fernández, L. (2002). *Reforma de las empresas estatales y política de reemplazo en China*. Madrid: ICE, China en el siglo XXI. pág 105.

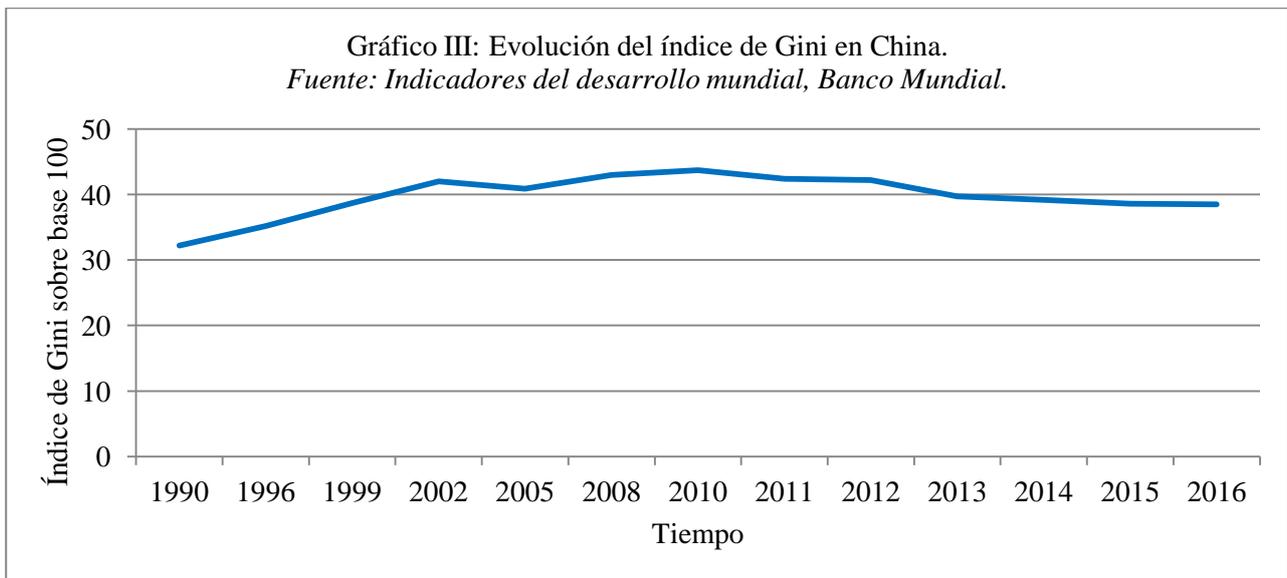
lanzado al infinito se tratase, muy al contrario, en ocasiones la estrategia china ha dado muestras de agotamiento y ha debido mostrar flexibilidad suficiente para recuperarse de errores y contingencias.

Ante estos hechos a mediados de los años 90 se decide el lanzar un nuevo paquete de reformas que que revierta la situación. Así el tejido empresarial público tiende a modernizarse ordenando la uniformización del sistema contable, y comienzan a plantearse medidas de reducción presupuestaria limitando al acceso casi ilimitado que estas empresas tuvieran al mercado de crédito bancario. Por primera vez se plantea la eliminación del sistema del “bol férreo de arroz”, que constituye uno de los elementos fundamentales del sistema de protección y de prevención social para el ciudadano chino. Además se continúa profundizando en la libertad de contratación otorgada a las empresas. Se realiza también un avance hacia la privatización del tejido empresarial bajo la consigna de “amarrar a las grandes, dejando libre a las pequeñas”¹², por la cual las grandes empresas estatales se suelen mantener bajo el control gubernamental, eso si, convertidas en sociedades cuyo capital se compone de acciones y que de reflejar pérdidas son fusionadas, mientras que las pequeñas son privatizadas uniéndolas a empresas no estatales o generando *joint ventures* con empresas extranjeras. Sin duda estas reformas apuntan claramente hacia la liberalización del modelo chino, y el resultado que las autoridades parece que tendrán que pagar por esta flexibilización del sistema no será otro que un aumento del desempleo en un primer momento y sobretudo un aumento de las desigualdades entre la población china fruto de un aparente debilitamiento del sistema de protección del trabajador.

Efectivamente y tal y como puede observarse en el grafico sobre la evolución del índice de Gini en china, las reformas aperturistas y flexibilizadoras del sistema de empresas estatal y de empleo vienen ocasionando aumentos de la desigualdad en la población china. El primer año del que se ofrecen los datos muestra un índice de 32,2 sobre base 100 que alcanza las máximas cotas de la serie en al año de 2011 registrando datos de 42,4. En este momento sin duda, es necesario mencionar las tensiones que se ocasionan en el modelo de crecimiento chino y en sus autoridades planificadoras. De un lado las reformas de flexibilización del mercado laboral y de progresiva pérdida de importancia de las empresas estatales dan lugar a aumentos de la desigualdad que contrastan claramente con un modelo político de país que no ha variado en cuanto a principios se refiere, los del socialismo, que desde luego propugna la eliminación de las clases y la reducción de toda desigualdad entre ellas. Y de otro lado, tampoco parece dudarse de que estas reformas están surtiendo efecto a la hora de profundizar en el crecimiento económico chino.

¹² Fernández, L. (2002). *Reforma de las empresas estatales y política de reempleo en China*. Madrid: ICE, China en el siglo XXI. pág 101.

Gráfico III: Evolución del índice de Gini en China.
Fuente: *Indicadores del desarrollo mundial, Banco Mundial.*

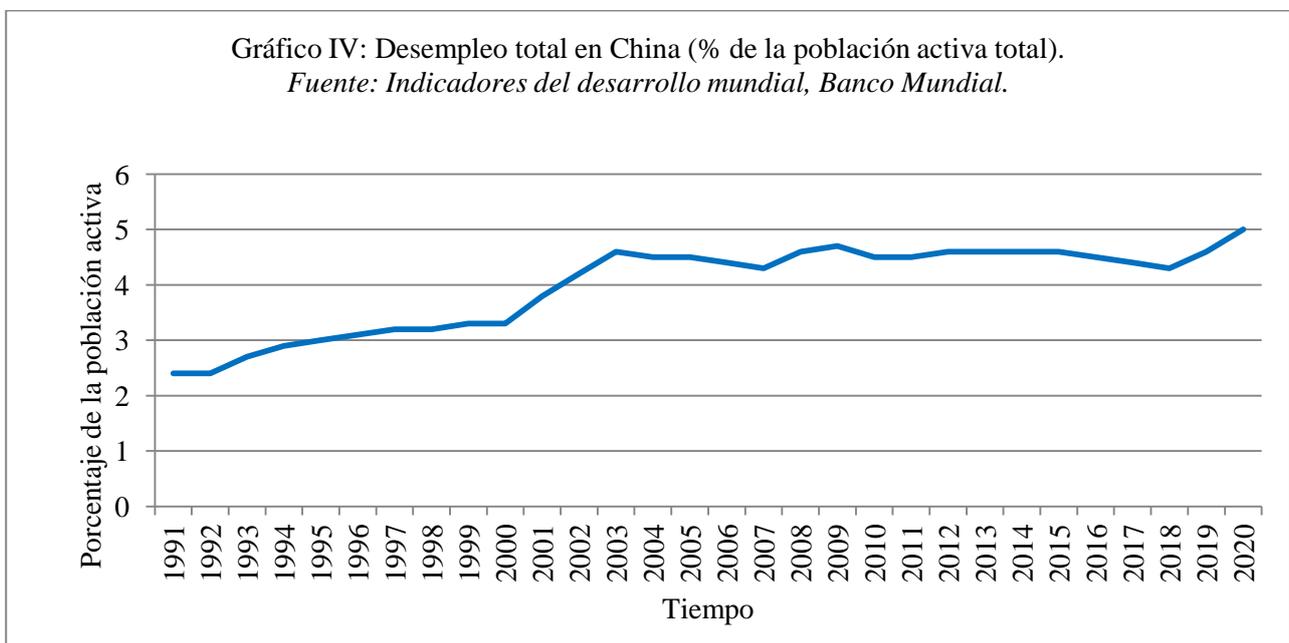


Desde luego, estos hechos parecen hacer ver notables contradicciones en la estrategia de crecimiento china, y son de difícil explicación a la vista de los valores propugnados por el Partido Comunista de China. Siempre teniendo en cuenta, por supuesto, que desde el propio Partido Comunista se ha venido acuñando la expresión del “socialismo con características chinas”, que no es otra cosa que la vía China al socialismo, de forma que los postulados del pensamiento socialista deberán adaptarse a la circunstancia y contexto chinos para su aplicación¹³. Así, y dentro de esta vía china al socialismo, el “pensamiento Deng Xiaoping” se consideraría el aplicable y adecuado para el periodo de inicio de las reformas y el “pensamiento Xi Jinping” para la actualidad. En cualquier caso, esta vía propia siempre se ha caracterizado por la inclusión, en mayor o menor medida de elementos de mercado para desarrollar y fomentar el crecimiento económico. Lo cual, evidentemente, puede llegar a generar tensiones como las anteriormente explicadas entre las metas finales de la estrategia desarrollista y las consecuencias prácticas que estas políticas pueden tener, como puede ser, por ejemplo, el aumento de la desigualdad al menos hasta el años 2011.

Y es que, y tal y como se observa en el anteriormente referido gráfico las desigualdad indicada a partir del Índice de Gini no ha continuado su crecimiento más allá de 2011 cuando alcanzó su máximo. Mientras que las explicaciones al inicial aumento de desigualdad ya han sido explicadas y

¹³ No es China, desde luego, el único país que ha, de alguna manera, modificado la ortodoxia marxista para realizar una aplicación a su contexto social y económico del pensamiento de Marx. Así también lo han hecho otros países asiáticos, como la República Popular Democrática de Corea, que desarrolló la llamada idea Juche. Debe pensarse que el pensamiento de Marx, desarrollado en la Europa continental del siglo XIX, se adapta, inevitablemente, al pretender aplicarse en sociedades tan ajenas a su contexto originario como podía ser la china maoísta. Elementos muy presentes en estas sociedades asiáticas como el confucianismo se imbrican con elementos tradicionales del socialismo. Por todo ello, el “socialismo con características chinas” no es para nada la primera aplicación particular que ha realizado China de la teoría de Marx, acaso anteriormente lo fue el propio maoísmo.

encuentran una explicación más o menos sencilla, las razones del lento pero progresivo descenso de la desigualdad a partir del año 2011 se muestran más oscuras, confusas y esquivas a una explicación definitiva, seguramente haya que buscarlas en varias causas al mismo tiempo. Por un lado es posible que fueran decisiones tomadas por las autoridades posteriores a las últimas reformas de calado (ya explicadas) las que impulsaran este descenso de la desigualdad. Es así en la medida, en que las autoridades chinas, al notar la elevación de la desigualdad del país y el aumento del desempleo que provocado por las reformas liberalizadoras deciden lanzar amplios programas de reemplazo desde mediados de los 90, que son delegados en las autoridades regionales para la agrupación de trabajadores excedentes y su posterior colocación. El éxito de dichos programas es cuestionable, tal y como puede observarse en el siguiente gráfico.



Efectivamente y en un primer momento, las políticas de reemplazo parecieron conocer un periodo de éxito a partir de 2003 cuando el desempleo comienza a disminuir, sin embargo, a la larga el desempleo regresa a cotas máximas previas e incluso conoce un repunte desde hace dos años hasta la actualidad. De cualquier forma, debe mencionarse que se trata de niveles de desempleo ciertamente bajos para todos los valores de la serie, sobre todo si se comparan con los grandes aumentos de desempleo registrados en muchos países occidentales a partir de 2008. Desde luego mayores índices de desempleo no ayudan para nada a reducir los niveles de desigualdad. Sin embargo, como se ha dicho, esta se ha reducido paulatinamente en los últimos años. Tal vez, entonces haya que encontrar la causa a esta reducción en una decisión de las autoridades de reincorporar de manera decidida, tras la última oleada de reformas laborales, la anteriormente debilitada política del “bol férreo de arroz”, incorporando sin embargo un nuevo elemento

fundamental a la misma: ahora se desarrollará mediante un sistema de subsidios a cargo del conjunto de la sociedad. Y es que, en la actualidad no es ya la empresa la encargada de proporcionar esa prestación a los empleados (e ex empleados mientras continuaran en paro) de la misma. Por el contrario se ha creado un sistema de subsidios más coherente y lógico, que distribuye mejor los recursos y no carga la responsabilidad en las empresas estatales disminuyendo así su desarrollo.

Brevemente, otras explicaciones a la reducción de la desigualdad podrían encontrarse simplemente en el devenir lógico de una economía en pleno desarrollo. En la medida en que la transformación ocasionada por la expansión industrial puede generar desigualdades mayores en primeras fases para luego revertir en momento posteriores. Esto ocurriría en la medida en que la supuesta igualdad existente en los momentos previos al desarrollo no era otra cosa que una “igualdad en la pobreza”, que tiende a romperse cuando el país comienza producir riqueza y adquirirla. Incluso es posible que la desigualdad haya tendido a reducirse dada las fortísimas inversiones realizadas por el gobierno chino en el entorno rural (que tal y como se ha explicado ha jugado un papel fundamental aportando producción agrícola para el éxito chino), con el objetivo de que este no se quedase descabalgado de la creciente prosperidad de las áreas urbanas. Fundamentalmente a través de inversión en infraestructuras.

Sea como sea, parece difícil negar que las reformas operadas en las empresas estatales y en sus sistemas de empleo han sido parte fundamental y determinante en el desarrollo chino. También parece imposible negar que han sido este tipo de reformas las que han ocasionado mayores tensiones en el seno del país chino dando lugar a iniciales aumentos de la desigualdad y aumentos del desempleo que siguen ocurriendo (y de forma más acentuada) hasta el día de hoy. De alguna forma, es difícil introducir elementos de mercado sin pretender que las consecuencias de los mismos puedan hacer su aparición en un sistema inicialmente socialista. Sin embargo, también debe mencionarse el hecho de que las autoridades chinas han sido conscientes de las consecuencias relacionadas con la introducción de las reformas. No han sido indiferentes a las mismas, y se ha tratado de equilibrar la implementación de reformas de mercado relativas al “socialismo con características chinas” con decisiones que paliaran los resultados más lesivos, por ejemplo, el de la creciente desigualdad, al mismo tiempo que se fomentaba el crecimiento asegurado por la introducción de mecanismos de mercado. Tratar de explotar al máximo las consecuencias positivas y minimizar tanto como sea posible las negativas. Realizando balance general, sin embargo, los resultados logrados en el ámbito del empleo no son tan satisfactorios. Aunque el índice de empleo en China no sufre casi en medida alguna las embestidas estacionales de crisis, este no ha dejado de aumentar desde que existen datos del mismo. Lo cual permite también tomar conciencia de que no

todas las decisiones económicas tomadas por las autoridades chinas han conducido a indiscutibles éxitos en lo que pudiera llamarse un “camino de rosas”. El que reciente y espectacular desarrollo chino también tiene sus vacíos y puntos débiles. Este hecho, el del creciente desempleo, constituye uno de los retos fundamentales que China deberá afrontar en años venideros, y deberá observarse a futuro como se continuará “haciendo equilibrios” entre el reformismo y el mantenimiento de elementos socialistas de protección del trabajador y de propiedad pública de empresas. Son verdaderamente las “dos almas” que coexisten el complejo “socialismo con características chinas”.

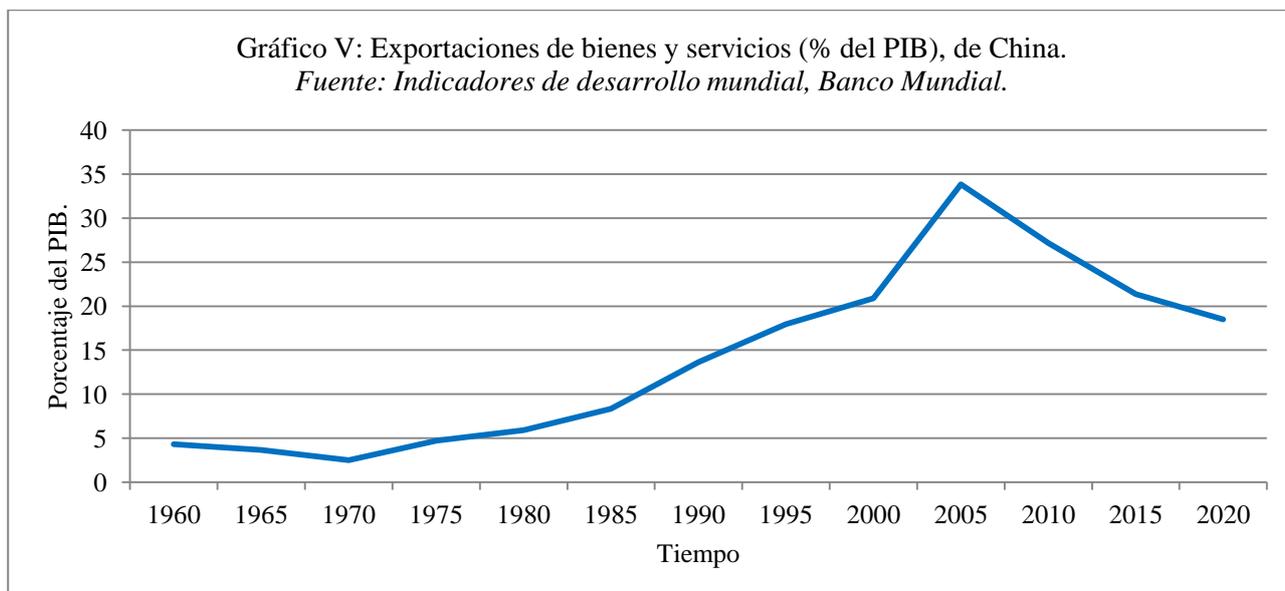
3.3 El factor de las exportaciones y el giro hacia el mercado interno chino.

Es “lugar común” cuando se pretenden mencionar los elementos clave para el despegue del gigante chino, hablar de los altísimos niveles de exportaciones logrados por la República Popular China, que ha logrado colocar sus productos en cualquier rincón del planeta, derrocando a otros competidores locales o internacionales. Lejos de tratarse de un mito del crecimiento de la economía china, los datos del Banco Mundial sobre porcentaje de la exportación de bienes y servicios sobre el PIB, integrados en la base de datos sobre Indicadores del Desarrollo Mundial, permiten confirmar, parcialmente, esta tesis. Así, en el primer año del que se tiene registros, 1960, las exportaciones chinas no llegaban apenas a suponer el 5 por ciento de su producto interior bruto. Niveles estos, que no aumentarán de forma relevante hasta finales de los años 80 y principios de los 90, para comenzar a dispararse a partir del año 2000 (recuérdese que China es aceptada como miembro de la Organización Mundial del Comercio en 2001). Tal y como puede observarse en el gráfico aportado, el pico exportador se alcanza hacia 2006, donde la exportación de bienes y servicios, llega a acaparar, por sí sola, el 36 por ciento de todo el Producto Interior Bruto chino. Efectivamente, se trata del momento álgido del fenómeno “*made in China*”, por el que China se transforma en una gigantesca fabrica que inunda todos los mercados internacional con sus productos. Estas exportaciones son realizadas, en una gran parte de los casos por empresas multinacionales extranjeras asentadas en suelo chino.

Es innegable que el extraordinario fenómeno exportador chino se ha logrado en base a la exitosa industrialización que viene describiéndose en este trabajo. También resulta innegable que, al menos, en un primer término, la extraordinaria competitividad lograda por sus productos exportados trae causa de salarios sensiblemente inferiores a los de países desarrollados, el llamado fenómeno de “competir a la baja”.

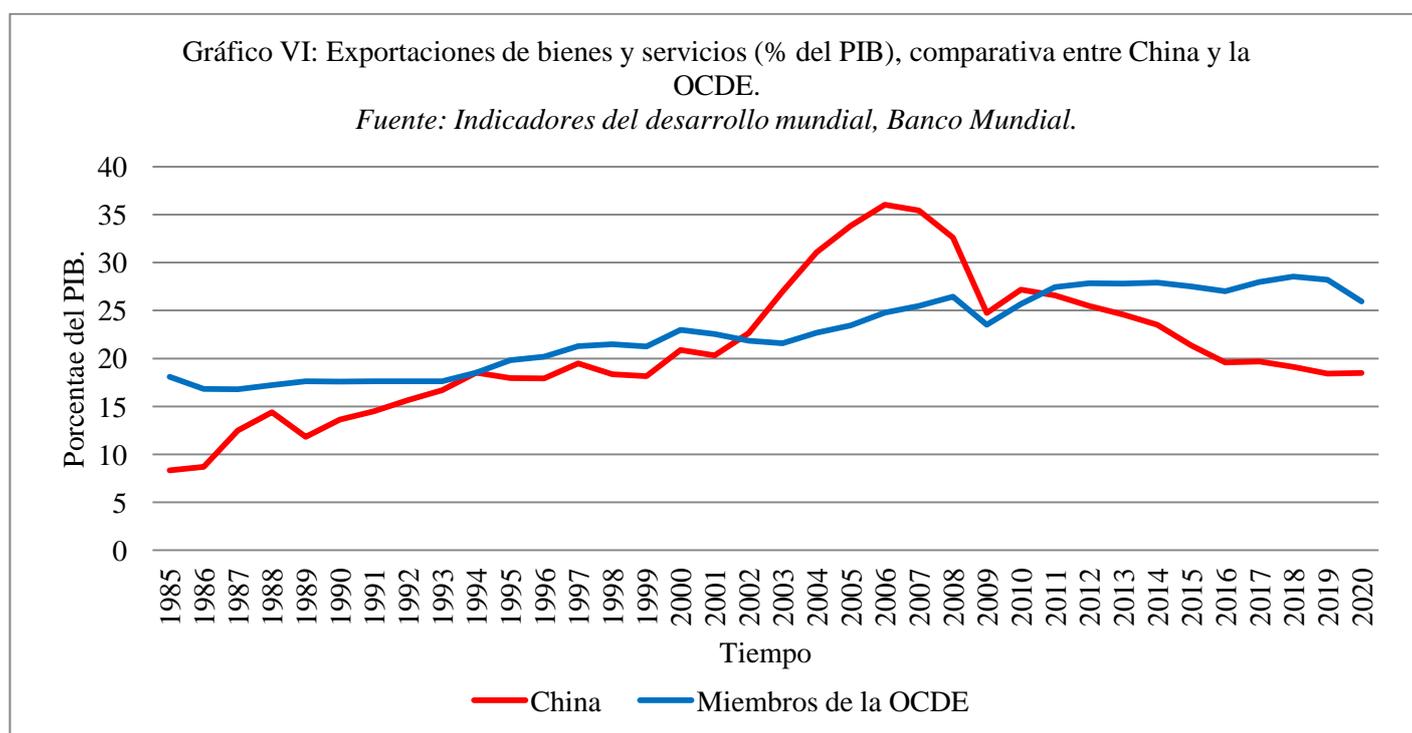
Gráfico V: Exportaciones de bienes y servicios (% del PIB), de China.

Fuente: *Indicadores de desarrollo mundial, Banco Mundial.*



Sin embargo, la observación de los datos del Banco Mundial anteriormente referidos, extractados en el gráfico presentado, permite advertir un punto de inflexión en cuanto a nivel de exportaciones sobre el PIB se refiere. Y es que, a partir de 2007, y en mayor medida, desde 2008 y 2009, la importancia del fenómeno exportador chino sobre su propio PIB comienza a decaer, situándose en la actualidad, en datos de 2020, en porcentajes del 18,5 por ciento, prácticamente a niveles de 1999. Pudiera pensarse, inicialmente, que este descenso se corresponde con la crisis económica global de base financiera que golpeó a la economía china algo después (hacia 2009) respecto de los países occidentales donde se originó la misma. Sin, embargo, en este punto, conviene realizar una serie de aclaraciones; lo ocurrido con las exportaciones chinas es, ni más, ni menos, que su importancia relativa sobre su propio PIB ha disminuido, no que el volumen exportador se haya reducido. De hecho, el volumen de exportaciones no ha dejado de aumentar. Si es cierto, que dada la crisis originada en 2008 y siempre según datos del Banco Mundial, las mercaderías exportadas por China, expresadas en dólares norteamericanos corrientes, se redujeron en 2009 (1.201.612 millones de dólares), respecto de 2008 (1.430.693 millones de dólares), pero desde entonces, y hasta hoy (salvo un leve descenso en los años 2015 y 2016) no han dejado de aumentar, hasta situarse en la actualidad en un pico histórico de 2.590.221 millones de dólares norteamericanos. Es decir, la reducción de la importancia relativa de las exportaciones sobre el PIB no ha significado una reducción de las mismas, al contrario, aunque menor parte del PIB recaiga sobre ellas, el volumen de exportación está en máximos históricos. Esta reducción de su impacto sobre el PIB se explica, entonces, debido a que otras fuentes de riqueza han acaparado creciente importancia, haciendo recaer sobre ellas niveles de importancia relativa que antes descansaban sobre la actividad exportadora. Entre estas nuevas fuentes de riqueza, puede destacarse el consumo doméstico chino, sobre el que se tratará más adelante.

Regresando al punto de inflexión en la importancia relativa de las exportaciones de bienes y servicios sobre el PIB chino dado su decrecimiento a partir de 2009, no puede, ni debe, explicarse únicamente debido a la crisis global iniciada durante esos años. Se trata más bien de un cambio de estrategia de las autoridades chinas, un cambio de planificación a largo plazo que perfectamente puede presentarse como uno de los factores más determinantes del desarrollo chino. No es otra cosa que el control constante y continuado por parte del Estado chino de la proporción de las exportaciones en el PIB, puesto que después del lógico descenso ocasionado por la crisis financiera de 2008, los anteriores niveles sobre el PIB no se recuperarán, y pasarán a situarse por primera vez desde el año 2002, en niveles inferiores a la media de los países de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE). En la actualidad el porcentaje de las exportaciones de bienes y servicios sobre el PIB, de media, en la OCDE se sitúa en el 26 por ciento, mientras que el de China es de un escaso 18,5 por ciento. Sirva esta comparativa con los países integrantes de la OCDE¹⁴, para establecer un cierto canon del promedio de importancia que ostenta en el PIB la actividad exportadora de los países más ricos sobre la costra terrestre. La observación del siguiente grafico que refleja la anteriormente referida comparativa durante los últimos años sirve perfectamente para advertir el cambio de estrategia de las autoridades chinas.



¹⁴ La Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos ha sido referida en algunas ocasiones como “el club de los países ricos”, en la medida en que ciertamente incluye entre sus miembros a 38 de las naciones económicamente más relevantes del planeta. Se trata normalmente de naciones de la esfera o cultura occidental, situadas mayormente en Norteamérica, Europa, Oceanía y dada la presencia de Japón, en Asia.

Es a partir de la crisis global de 2008 cuando las autoridades chinas parecen advertir la excesiva importancia que están adquiriendo las exportaciones sobre su PIB. Lo cual, sin duda, deja a merced la propia economía de la capacidad económica que los principales importadores ostenten y que quedó gravemente afectada por aquella crisis financiera. Más aún cuando se tiene en cuenta que esta actividad exportadora está, en muchas ocasiones, protagonizada por empresas transnacionales que asientan sus procesos productivos en china y cuyos beneficios no recaen en su totalidad sobre la sociedad china. Los intereses de estas transnacionales no siempre coincidirán con los del pueblo chino. Es en este momento cuando las autoridades deciden controlar la excesiva relevancia que ostenta el fenómeno exportador, y la mantienen sistemáticamente y hasta la actualidad en un nivel inferior a la de los países desarrollados reunidos en la OCDE. Este es el núcleo fundamental del cambio de estrategia chino: hacer depender cada vez en menor medida el crecimiento y la riqueza del país de las exportaciones, es decir, de la capacidad económica de terceros estados de seguir importando bienes en los niveles necesarios para garantizar el crecimiento. Se trata de modificar sustancialmente el modelo del auge exportador y la consigna del “*made in China*”, alterar el modelo consistente en inundar los mercados internacionales de productos chinos de escasa calidad y bajo valor añadido “compitiendo a la baja” con peores salarios y condiciones laborales sensiblemente más desventajosas para los trabajadores chinos. La preocupación constante de las autoridades chinas de mantener la independencia del país también ha contribuido a que recelen de la vía exportadora (una vía que, al fin y al cabo, depende del exterior) como la principal fuente y motor del crecimiento nacional. Todo ello ha llevado a las autoridades planificadoras a volver la mirada hacia el interior, hacia el inmenso mercado doméstico que puede encontrarse dentro de las fronteras chinas. Este cambio también trae causa de la constatación del modelo de desarrollo al que hubiera podido conducir la estrategia de la exportación en masa de productos de escaso valor añadido, un modelo que hubiera condenado a los trabajadores chinos a mantener su competitividad a costa de perpetuar unos niveles salariales sensiblemente bajos.¹⁵

Otro elemento que al estudiarse advierte sobre el cambio de estrategia chino, es el de la inversión extranjera directa o IED. La IED se forma por la totalidad de las operaciones que inversores extranjeros y directos realizan para adquirir participaciones o aumentarla en las empresas del país receptor, con el objetivo fundamental no de realizar una actividad inversora de especulación, si no

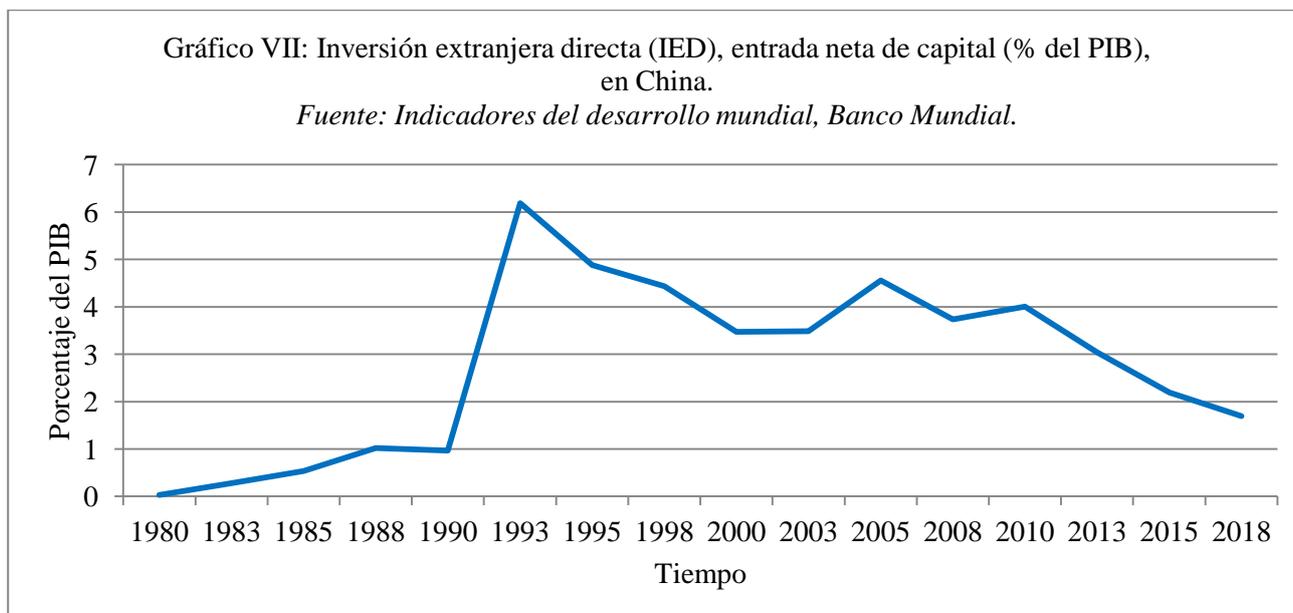
¹⁵ Respecto de este punto, sin embargo, conviene realizar cierta aclaración. La competitividad de los productos chinos en el exterior efectivamente se ha conseguido dado su bajo coste de producción, pero este no trae, totalmente y únicamente causa de los bajos salarios y condiciones laborales deficientes de la mano de obra china. Es debido también a los productos suministrados (insumos) a las empresas exportadoras en China por empresas públicas administradas por el Estado, productos que se proveen a precios ciertamente bajos y que contribuyen a reducir los precios del producto final que será exportado.

de ejercer influencia efectiva y más o menos duradera en la gestión corporativa de dicha empresa, y hablando en términos macroeconómicos y globales, en el conjunto de la economía del país receptor de las inversiones. Así, puede tomarse el índice de la inversión extranjera directa sobre el porcentaje total del PIB como testigo o marcador de la influencia que economías extranjeras inversoras ostentan sobre la economía del país receptor de dichas inversiones. En el caso de China, la observación de la evolución de este índice marca tajantemente el cambio de estrategia por el que las autoridades chinas quisieron reducir la influencia que economías externas ostentaban sobre el sistema productivo chino, influencia que durante los años posteriores a las reformas se había visto notablemente acrecentada debido a que las exportaciones se habían constituido en motor fundamental del auge económico chino, tal y como se ha explicado en párrafos anteriores. Tal y como se observa en el siguiente gráfico sobre la IED, la inversión extranjera en China conoce un enorme aumento en el corto lapso de tiempo que media entre los años 1990 y 1993, en este último años se alcanza el valor más alto de toda la serie, en la que la inversión extranjera llega a suponer un 6,2 % del PIB de la República Popular China. Se trata de los años de la fuerte industrialización que está ocurriendo en el país, y este espectacular aumento de la inversión proveniente del exterior se corresponde con las centeneras de multinacionales que comienzan a asentarse en china. Es la actividad de estas multinacionales, tal y como se ha explicado, la que constituye el núcleo duro de la gigantesca actividad exportadora china ya analizada, que alcanza sus mayores cotas a mediados de los años 2000. De nuevo, esto configura un esquema de creciente dependencia de la economía china respecto del exterior: por una parte la inversión extranjera cada vez ocupa mayor porcentaje de su PIB, y por otra es la actividad exportadora (llevada a cabo por multinacionales no chinas) la que constituye el principal motor de su crecimiento, estando esta siempre influenciada por que los países importadores mantengan sus niveles de importación.

Ante esta tendencia, el giro hacia el mercado interior también queda patente en el grafico sobre la IED, y es que a partir de 1993 y de forma paulatina (y en ocasiones irregular) la importancia de la inversión exterior sobre el PIB chino no para de decrecer hasta situarse en niveles de 1,7% en los últimos datos disponibles en el banco de datos del Banco Mundial. Cabe mencionar, incluso, que con la observación de este último índice el cambio de estrategia chino se advierte de forma bastante más temprana, ya desde 1993 en adelante, que observando en anteriormente analizado índice de exportaciones de bienes y servicios sobre el PIB, donde, el cambio de tendencia comienza a observarse hacia 2005, cuando por primera vez se empieza a reducir de forma significativa la importancia de las exportaciones sobre el PIB. Se trata, por supuesto, de dos manifestaciones o síntomas del mismo diagnóstico o cambio de estrategia global, la que quiere colocar al mercado interno chino como nuevo núcleo duro del crecimiento venidero.

Gráfico VII: Inversión extranjera directa (IED), entrada neta de capital (% del PIB), en China.

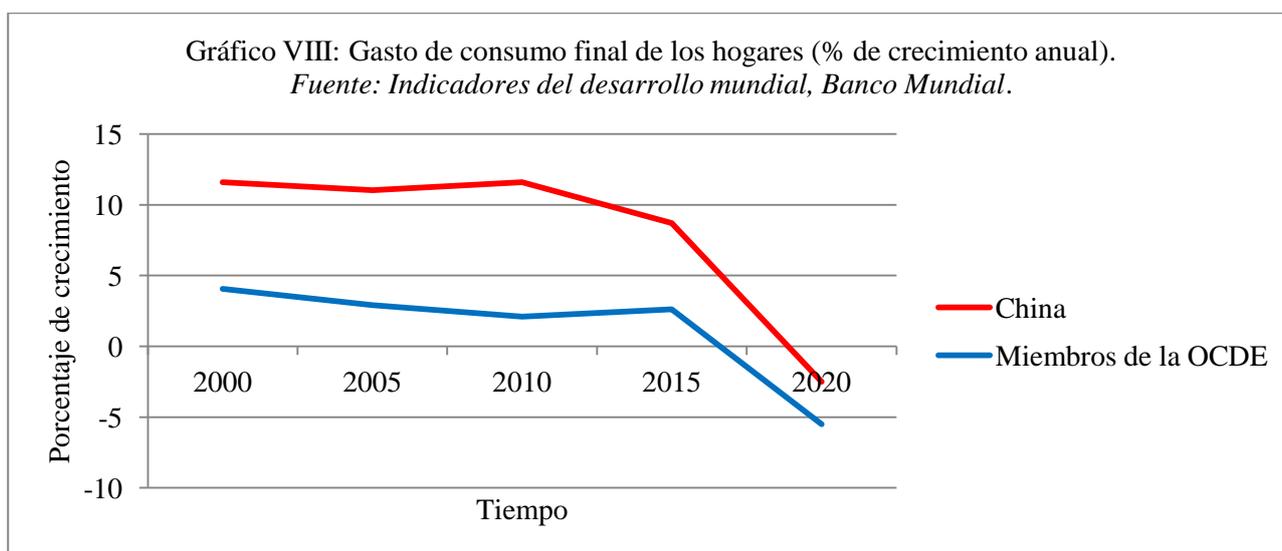
Fuente: Indicadores del desarrollo mundial, Banco Mundial.



De esta manera, y ya desde el cambio de tendencia producido en 2009, se impulsa y se hace preferir que el empresariado chino fomente y se interese por la venta y salida interior de los productos manufacturados. El mercado doméstico chino se ve, sin duda, extraordinariamente favorecido por su elevadísima población. Sin embargo, también es necesario impulsar aumentos constantes de salarios que puedan permitir sostener la demanda interna. Es así como los aumentos constantes de productividad del trabajo, un 11,72% en la década de los 2000 y un 14,12%¹⁶ en la primera década del siglo XXI, han permitido a su vez, aumentos continuos de los salarios industriales. Este aumento generalizado del salario posibilita un aumento de la demanda de todo tipo de productos por parte de las familias chinas, y acerca, cada vez en mayor medida, a la sociedad china a modelos de consumo propios de países totalmente desarrollados. En pocas palabras, el consumo de los hogares se encuentra en pleno auge favorecido por el aumento salarial. Estas afirmaciones se constatan a partir de los datos del Banco Mundial sobre indicadores del desarrollo acerca del gasto final de los hogares en dólares norteamericanos, que sitúan el gasto registrado en 2020 (5.610.597 millones) como un máximo histórico. Además, el crecimiento anual del consumo de los hogares chinos se sitúa en los últimos 20 años por encima del crecimiento medio del consumo de los hogares de los países de la OCDE, tal y como puede observarse en el siguiente gráfico. Las familias chinas cada vez tienen la capacidad de demandar más productos y así lo hacen.

¹⁶ Herrera, R. y Long, Z. (2021). *¿Es China Capitalista?*. Barcelona: El Viejo Topo. pág.94

Gráfico VIII: Gasto de consumo final de los hogares (% de crecimiento anual).
Fuente: *Indicadores del desarrollo mundial, Banco Mundial.*



El dinamismo y fortaleza del mercado interno o doméstico chino también ha sido favorecido por el Estado a través de la realización de grandes proyectos de construcción de infraestructuras que han espoleado la demanda interna. Se ha invertido en la generación de una industria de tecnología punta que deje atrás los años de la fabricación en masa de productos que aportasen bajo nivel añadido. Así China ha logrado convertirse en líder mundial en sectores como el de la robótica o el de las telecomunicaciones.

En pocas palabras y sin querer desdeñar la importancia de las exportaciones en el modelo de crecimiento chino, estas han pasado a adoptar una posición de sostén, de apoyo. De hecho, grandísima parte de dichas exportaciones procede hoy de empresas multinacionales extranjeras afincadas en China y por lo tanto no toda la riqueza de las mismas revierte ya en el desarrollo socio-económico chino. Hoy la verdadera locomotora en la que las autoridades chinas confían el sostenimiento de las tasas de crecimiento actuales es el gigantesco mercado que puede encontrarse dentro de sus fronteras, ya que presenta un modelo de crecimiento y desarrollo que garantiza al mismo tiempo la independencia política y económica, al no depender de factores externos como el nivel de importaciones de terceros. Además, se trata de un modelo que, necesariamente, depende del creciente bienestar de los hogares chinos. Los cuales deben seguir aumentando su nivel de vida y por ende su nivel de consumo. Todo ello, para sostener la demanda interna que solo un mercado suficientemente grande para dar salida al máximo posible de la producción total china puede asegurar. En definitiva, las últimas decisiones de calado en la estrategia de Xi Jinping son un viraje hacia la demanda interna y hacia el gigante mercado doméstico, otorgándole la llave para reducir la dependencia externa, favorecer el consumo y el bienestar de la población y ocupar el puesto de locomotora económica.

4. Conclusiones.

Sirva este apartado como breve conclusión a la totalidad del presente trabajo. Partiendo de que el desarrollo y crecimiento chino es indiscutible y generalmente aceptado desde todos los espectros ideológicos y académicos, no lo son tanto las razones de las que trae causa. También resulta en ocasiones confusa la naturaleza del propio sistema económico y social chino al que el desarrollo económico ha conducido. Sin embargo, y raíz de todo lo expuesto en este trabajo y estudiado por los autores de referencia, lo que, desde luego, parece totalmente acertado es la necesidad de desterrar las extendidas teorías del “milagro económico chino”, entendiéndolo como un suceso súbito, rápido y que logra resultados en un lapso ciertamente corto de tiempo sin grandes esfuerzos. Entiéndanse como las teorías del milagro económico aquellas que ciegamente parecen fijarse solo en las últimas décadas de la República Popular China para explicar su contexto y situación actual. Aquellas que como se ha dicho, entienden únicamente las reformas como la eliminación de las cadenas que presionaban a una economía que se convertiría en pujante en cuanto esta adoptará mayores índices de libertad empresarial, comercial y laboral, debe mirarse algunas décadas más atrás, al periodo maoísta, para encontrar las causas profundas. Desde luego, no puede perderse de vista, que efectivamente esta introducción de elementos de mercado o liberalizadores de la economía ha jugado un papel fundamental en el desarrollo. No puede, ni debe ignorarse que el elemento liberalizador es y ha sido vital para el éxito chino, tal y como ha querido demostrarse en el apartado dedicado a la reforma de las empresas estatales chinas y a su política laboral. Tanto es así, que la introducción de elementos de mercado procedentes de economías de carácter capitalista ha tensionado el flanco, por así decirlo, ideológico, de las autoridades chinas. El aumento ocasional de la desigualdad y el del desempleo no conviven muy bien con un país que sigue identificándose a sí mismo como socialista. Sin embargo, tampoco puede decirse que las autoridades centrales se hayan mantenido al margen de la aparición de estos elementos lesivos y han tratado paliarlos con mayor o menor éxito. Esto todo ello lo que configura el llamado “socialismo con características chinas”, cuyas ideas no están dispuestas a renunciar al desarrollo económico del país como elemento clave para el bienestar del pueblo chino, pero tampoco son ajenas ni indiferentes a las consecuencias contraproducentes en términos de, por ejemplo, reparto de la riqueza en las que todo desarrollo rápido puede derivar.

Como se decía, mientras debe calificarse como vital el papel de las reformas liberalizadoras en China, para nada pueden juzgarse como las únicas causas del desarrollo, si no quiere caerse en visiones demasiado simplistas, infantiles, o si se quiere, “milagreras” de un proceso macroeconómico complejo. Así, han tratado de exponer elementos todos ellos previos a las

reformas que generaron las condiciones materiales adecuadas y necesarias para el desarrollo económico al que hoy se asiste. El elemento agrario, protagonizado por la revolución agrícola que tanto sufrimiento ocasionó a la población china y cuyos planteamientos más radicales generaron hambrunas y crisis económicas, permitió, cuando se superaron y corrigieron las tragedias, la superación del reto alimentario en China y dio lugar a una enorme “generación de fuerzas” que permitió obtener grandes excedentes de productos agrícolas con los que costear la primera industrialización. Un gigantesco esfuerzo (y en demasiadas ocasiones acabado en tragedia) que en medida alguna puede definirse como súbito o milagroso. La industrialización comenzó también en periodos anteriores a las consabidas reformas, y comenzó con un vigor y dinamismo que no en muchas ocasiones se nombra. Es, de hecho, en momentos previos a ellas cuando el valor agregado aportado al PIB por la industria alcanza máximas de crecimiento. Otros elementos, existentes también desde la época maoísta, como pueda ser la planificación quinquenal, siguen manteniéndose hasta hoy. Eso sí, con cambios de importancia que adapten su aplicación al contexto actual, es así como la planificación ha dejado de lado la excesiva burocratización, rigidez y esclerotismo para permitir mayor flexibilidad y autonomía.

Y es que las autoridades han sabido dirigir (o en ocasiones corregir) el rumbo de la marcha de la economía china cuando las medidas introducidas han derivado en situaciones que a largo plazo pudieran considerarse contrarias a los intereses generales del país. Así, cuando las reformas aperturistas dieron lugar y fomentaron una enorme inversión extranjera materializada en la implantación de un enorme número de multinacionales instalando sus procesos productivos en suelo chino, la economía nacional se volvió ciertamente más dependiente de dicha inversión extranjera y de las exportaciones generadas por las transnacionales. Este hecho, sin duda alguna permitió un fuerte crecimiento económico e industrial, y produjo un aceleradísimo aprendizaje tecnológico que de otra forma se hubiera tardado en lograr. Sin embargo, como se ha dicho, este modelo productivo se sostenía en base a la dependencia en factores externos y extranjeros, y en un modelo productivo basado en bajos costes y bajos niveles salariales. Es en este momento, sobre todo a partir del año 2008, cuando las autoridades deciden dar un giro de timón y aprovechar la riqueza adquirida en esta fase previa para hacer hincapié en el gigantesco mercado doméstico que China guarda dentro de sus fronteras, reduciendo así la dependencia exportadora, aumentando los niveles salariales para permitir mayores niveles de consumo de los hogares chinos, logrando mejoras en el nivel de vida de los ciudadanos y fomentando la igualdad entre el ámbito rural y urbano. A grandes rasgos es esta estrategia de “mirar hacia dentro” sobre la que pivota el plan de desarrollo chino en la actualidad, y son los anteriores elementos descritos durante todo el trabajo lo que han permitido llegar a ella, elementos entre los que se incluyen factores muy anteriores a la subida al poder de Deng Xiaoping.

También se incluyen retos en la coyuntura actual, entre los que podría destacarse la necesidad de controlar el desempleo. Son estos los cimientos con los que la República Popular China mira a su futuro, un futuro en manos, y del que depende, casi un 20% de la población mundial.

5. Bibliografía.

Chun, Lin. (2008). *La transformación del socialismo chino*. Barcelona: El Viejo Topo.

Dikotter, Frank. (2010). *Mao's Great Famine*. Londres: Bloomsbury.

Fernández, Leila. (2002). *Reforma de las empresas estatales y política de reemplazo en China*. Madrid: ICE, China en el siglo XXI.

Herrera, Rémy y Zhiming Long. (2021). *¿Es China Capitalista?*. Barcelona: El Viejo Topo.

Marer, Paul; Janos Arvay; John O'Connor; Martin Schrenk y Daniel Swanson (dir.). (1992). *Historically Planned Economies: A Guide to the Data*. Washington D.C.: The World Bank Editions.

Taibo, Carlos. (2019). *Historia de la Unión Soviética: De la revolución bolchevique a Gorbachov*. Madrid: Alianza Editorial.